



ROBERT DEAF

LA MUERTE FALSIFICA DOLARES





SAN BERNARDO, 68 - MADRID

COLECCION F. B. I.

Obras publicadas:

- | | |
|--|-------------------------------------|
| 1. ¡Culpable! (6.ª ed.) (1). | 21. El Delator. (6). |
| 2. La hora gris. (4.ª ed.) (1). | 22. Armonías de muerte. (3). |
| 3. El Rey del Hampa (4.ª edición.) (2). | 23. Destinos cruzados. (1). |
| 4. El cobarde. (3.ª ed.) (1). | 24. Persecución. (5). |
| 5. Luchando en la sombra. (2.ª edición.) (3). | 25. Una ciudad abierta. (4). |
| 6. Contra Scotland Yard. (3.ª edición.) (1). | 26. Horas trágicas. (7). |
| 7. Su Alteza el Ladrón. (2.ª edición.) (2). | 27. La muerte alada. (8). |
| 8. La ruta de la locura. (2.ª edición.) (3). | 28. Doctor X. (1). |
| 9. A la ofensiva. (2.ª edición.) (4). | 29. El coloso de hierro. (6). |
| 10. La redada. (2.ª ed.) (5). | 30. Trampas mortales. (5). |
| 11. Shanghai. (2.ª ed.) (1). | 31. Contrabando funesto. (5). |
| 12. Guerra de gangsters. (2.ª edición.) (2). | 32. Nueva York-San Francisco. (7). |
| 13. ¡Sangre! (2.ª ed.) (5). | 33. Entre rejas. (1). |
| 14. La rebelión de los muertos (2.ª edición.) (6)). | 34. Muerte en el Caribe. (6). |
| 15. El Hombre de las Tres Caras. (2.ª edición.) (7). | 35. Secuestro. (5). |
| 16. Tánger. (3.ª ed.) (1). | 36. El dueño del mundo. (4). |
| 17. ¡Traidor! (2.ª ed.) (5). | 37. Hermano contra hermano. (7). |
| 18. Tragedia en Berlín. (2.ª edición.) (4). | 38. Filibusteros modernos. (2). |
| 19. Alta traición. (2.ª edición.) (2). | 39. Palestina en llamas. (3). |
| 20. Terror en la Academia de Quantico. (2.ª edición.) (1). | 40. La ley del terror. (8). |
| | 41. A la desesperada. (5). |
| | 42. La promoción de la muerte. (6). |
| | 43. Tinieblas. (1). |
| | 44. Espías en la noche. (2). |
| | 45. Fidelidad. (6). |
| | 46. Sin cuartel. (7). |
| | 47. Armour, expulsado. (5). |
| | 48. La huida de Varka. (3). |
| | 49. La Maffia. (1). |

50. Alaska, final de ruta, (8),
 51. Tras el telón de acero, (6),
 52. Gangsters de guante blanco, (9),
 53. ¡Acusado! (7),
 54. Misterio en Viena, (5),
 55. El genio del mal, (6),
 56. Hombres armados, (10),
 57. Pavorosa elección, (8),
 58. La bestia escarlata, (3),
 59. Huellas de ultratumba, (11),
 60. S. O. S., (8),
 61. Billetes malditos, (3),
 62. Camino de perdición, (12),
 63. Camaradas enemigos, (3),
 64. A la deriva, (6),
 65. ¡Odio! (1),
 66. Cita de madrugada, (3),
 67. «Killer» a sueldo, (5),
 68. Muerte en el atardecer, (4),
 69. Loup-Garou, (3),
 70. Punto final, (5),
 71. ¡Mirad a las sombras! (3),
 72. Entre esas brujas... (5),
 73. Tortura, (13),
 74. El confidente, (3),
 75. ¡Terror! (5),
 76. El final de Rocco, (5),
 77. El vengador negro, (1),
 78. ¡Codicia! (8),
 79. Sentenciado, (6),
 80. Secreto de Estado, (4),
 81. Allas «Luggers», (5),
 82. Hora «D», (3),
 83. Carne de horca, (4),
 84. Tráfico mortal, (8),
 85. Jack el invencible, (1),
 86. Rastros perdidos, (6),
 87. Contrato siniestro (3),
 88. Traición sangrienta (14),
 89. Al borde del abismo (5),
 90. Crimen y justicia, (1),
 91. Hombres sin alma (3),
 92. ¡Sabotaje! (8),
 93. La marca trágica (5),
 94. Misión suicida (4).

En preparación:

REBELION

AUTORES

- | | | |
|-------------------|---------------------|---------------------|
| (1) Alf Manz, | (6) Alar Benet, | (11) Thomas Settee, |
| (2) Fred Baxter, | (7) A. G. Murphy, | (12) John Nebot, |
| (3) Frank McFatr, | (8) Lewis Haroc, | (13) Thomas Wan- |
| (4) Eddie Thorny, | (9) J. L. Martin, | ton, |
| (5) O. C. Tavin, | (10) Jack Brooklyn, | (14) F. N. Graw. |

I



El profesor Fhiel caminaba lentamente; sus ojos, vivos e inteligentes, reflejaban cierta contenida emoción. Aquella calle, que conservaba las huellas de la guerra, hacía revivir algunos capítulos de su juventud estudiantil.

—¿El profesor Fhiel?

Un hombre grueso, mal afeitado, con una repugnante colilla semideshecha entre los labios, le cerraba el paso.

—En efecto.

El profesor le contemplaba con asombro y algo de recelo. No le conocía, de eso estaba seguro. Magnífico fisionomista, jamás olvidaba un rostro; ni aun los estragos de la edad conseguían despistar al profesor Fhiel.

El de la colilla hizo una mueca. Parecía que invitaba a alguien a avanzar.

—Quieto, «Doktor». Nada de tonterías.

Algo duro se apoyó en su costado. Un individuo semicalvo y con un ojo de cristal de pésima fabricación, sostenía una pistola junto a sus costillas, mientras simulaba cogerle amistosamente del brazo.

Fhiel no pareció inmutarse. Contempló a los dos tipos. Pistoleros vulgares, seres carentes de inteligencia y de escrúpulos. El del espantable ojo de cristal, le apremió:

—Rápido, al coche. Tú, «Colillas», al volante.

Entonces se fijó Fhiel en la limusine que estaba parada junto al bordillo. Miró a su alrededor. Desierto. Ni un alma.

—Vamos. «Doktor».

«El Colillas» se impacientaba. Fhiel suspiró. Era ya viejo. No podía engañarse. Aquellos dos rufianes conseguirían hacerle subir al coche a pesar de la resistencia, débil resistencia, que pudiese oponer.

El coche partió tan bruscamente que los dos hombres cayeron sobre el asiento posterior. «El Colillas» gruñó:

—Hay que repasar el embrague, Peipus.

El calvo le maldijo con toda su alma y acabó guardándose la pistola. La actitud de Fhiel y su edad, hacían innecesaria el arma.

El brusco empujón del coche había derribado su sombrero. Lo recogió, mirando con tranquilidad a sus raptos. Habló lentamente, con su voz bien modulada, de hombre educado:

—¿Y ahora, señores?

«El Colillas» empezó a reírse como un bruto.

—¡Anda! ¡Qué finos estamos!

Sin embargo, notábase algo cohibido ante la calma elegante del profesor. Matón veterano, no estaba habituado a aquel valor frío y sereno.

—Todo será sencillo... si usted quiere, «Doktor».

Peipus miraba fijamente al prisionero; su ojo de cristal, mucho mayor que el suyo propio, le daba un aire truculento. Fhiel seguía sereno, sosteniendo aquella mirada inquisitiva.

—Ya estamos —«el Colillas» metió los frenos con su habitual brusquedad, haciendo saltar hacia adelante a los otros dos hombres.

Peipus le cubrió de denuestos y volvió a sacar la pistola, obligando al profesor a descender del coche. Franquearon rápidamente la puerta de un viejo y destartado caserón. Cruzaron

una serie de habitaciones semiderruidas y entraron por fin en un cuartucho sucio y pequeño.

—Considérese en su casa —«el Colillas» hizo una burlona reverencia y de una patada obligó al anciano a sentarse—. ¿Cómodo... señor?

Fhiel le miró imperturbable.

—Sí; gracias.

«El Colillas» se sintió indignado. El gracioso era él. No consentía aquella burla disimulada. Levantó la mano. Peipus le detuvo.

—Aún no, Mog; aún no —se volvió hacia el profesor—. Vamos al grano. Usted tiene tres billetes americanos; billetes que son falsos, y usted lo sabe. Yo quiero esos billetes.

Fhiel no llegó a decir nada. Sonrió burlonamente.

—Regístrale, Mog.

«El Colillas» avanzó hacia el anciano y le cruzó la cara repetidas veces. Después, a tirones bruscos, le desnudó materialmente, mientras rezongaba:

—Me parece que no los lleva encima, Peipus... No; aquí no están... Ni aquí...

Las prendas eran desgarradas por sus manos torpes.

—¿Nos dirá dónde los tiene, «Doktor»? —La voz de Peipus sonaba con una afectada bondad—. ¿No? Pues ¡convéncele, Mog!

«El Colillas» empezó a golpearle con saña, como si fuera un objeto inanimado. Buscaba colocar sus golpes en los sitios más dolorosos.

—¡Habla! ¡Habla, cerdo!

Fhiel recibía la rociada de golpes sin abrir la boca. Intentó cubrirse la cara con las manos. Mog le golpeó ferozmente en el vientre. El anciano soportaba aquella horrorosa paliza con una entereza sobrehumana.

—¡Habla! ¡Habla!

Peipus, excitado, también se había aproximado, y le pegaba con toda su fuerza. Aquello duró unos segundos. El profesor cayó. Había perdido el sentido.

—Demasiado, Mog; demasiado.

«El Colillas», jadeando aún, contestó rápido:

—¡No me vengas con historias! También tú le has dado gusto a la mano.

Peipus contempló pensativamente el caído cuerpo del anciano. Después dijo lentamente:

—Hay que conseguirlos, Mog; hay que conseguirlos —volvió a meditar—. Vamos a su casa. En su domicilio deben de estar. Ahora déjame actuar a mí, y no pegues tan fuerte.

Entre los dos llevaron al profesor hasta el coche. «El Colillas» se puso rápidamente al volante, y bordeando el jardín de Fehrbellinerplatz, después de rodar durante veinte minutos por las calles berlinesas, llegaron a una zona que en su tiempo, antes de la guerra, debió de serlo de señoriales residencias. En la actualidad estaba constituida por una sucesión ininterrumpida de ruinas. Durante media milla se deslizó el coche en este ambiente de desolación. Apenas se veía un alma.

—Ya vuelve en sí.

Peipus zarandeó al profesor, que le miró con ojos aturridos. Entre la comisura de sus labios se deslizaba un hilillo de sangre.

—Vamos a su casa, «Doktor». Allí seguiremos... charlando; claro está, si usted no se decide a darnos los billetes.

Fhiel pareció no comprender; de repente, como si las palabras del otro le llegasen al cerebro a través de sus torpes sentidos, se revolvió en el asiento. En sus ojos aparecía una llamarada de inquietud. Pareció perder algo de su calma aristocrática.

—¿A mi domicilio?

Su voz era ronca; se adivinaba la ansiedad mal contenida.

—En efecto, «Doktor», ya estamos.

Peipus señalaba un hotelito completamente aislado. El antiguo jardín, completamente arrasado, era un manchón de tierra pelada que circundaba el pequeño edificio.

—Escuchen —Fhiel parecía haberse serenado—. En efecto, tengo los billetes, y los tengo aquí; pero unas cosas tan pequeñas son fáciles de disimular en una casa. No los podrán encontrar... si yo no se los doy.

«El Colillas» bramó desde el asiento delantero:

—¡Y los darás, pajarraco! ¿Ya te has olvidado de nuestra persuasión?

El profesor les miró con desprecio.

—¿De verdad creen poder arrancarme el secreto a golpes?

Peipus le contempló en silencio. Esperaba algo más. El anciano

volvió a hablar:

—Sé que me matarán si no lo hago, pero podemos llegar a un acuerdo. Les daré esos billetes, siempre que sea yo sólo quien vaya a buscarlos.

«El Colillas» empezó a reírse.

—¡Qué listo! Pero ¡qué listo es nuestro «Herr Doktor»!

—Cállate, Mog. ¿Por qué, profesor?

—Razones particulares que no puedo ni quiero revelarles —el anciano hablaba con su acostumbrada firmeza—. Miren bien la casa. No puedo escaparme sin ser visto; ya ven que es imposible. ¿Aceptan?

Peipus acabó moviendo afirmativamente la cabeza, mientras sofocaba las protestas del «Colillas».

—Cállate, Mog. Tiene un cuarto de hora, Fhiel. Si usted no sale, entraremos nosotros. ¡Juegue limpio!

Penosamente, el anciano bajó del coche y se arrastró hasta la puerta. Introdujo un llavín en la cerradura y entró, dejando la puerta abierta.

—¡Estás loco, Peipus! ¿Por qué le dejas?

«El Colillas» no parecía nada conforme con aquello. Peipus le contestó sin mirarle:

—El jefe necesita esos billetes. Ya le conoces: no admite fracasos. Ni tú ni yo conseguiríamos encontrar esos «papiros». El los traerá. No tiene otro remedio. Corta el teléfono, Mog.

«El Colillas» saltó al suelo y avanzó con una navaja en la mano hacia los cables, en la fachada. De limpio tajo cortó el cable. Miró unos momentos al pequeño vestíbulo, que aparecía desierto. Peipus le llamó.

—Todavía no es hora, Mog. No entres.

De mala gana volvió el otro al coche.

—¿Por qué crees que quiso entrar solo, Peipus?...

—Seguramente guarda los billetes con otros documentos que no quiere que veamos.

Ante el gesto del otro, añadió:

—A nosotros nos pagan para que llevemos los billetes, y lo demás nos tiene sin cuidado.

—¿Y si nos delata, Peipus?

—¿Cómo? No nos conoce. Y cállate ya...

Aguardaron a Fhiel. El anciano había llegado hasta un pequeño comedor. Llamaba débilmente:

—¡Sarah! ¡Sarah!

Su voz denotaba el desastroso estado físico en que se encontraba. Sonaron pasos precipitados. Una joven bellísima, esbelta y morena, se acercó a él, asustada.

—¡Papá! ¡Papá! ¿Qué es eso?

Le abrazó, sosteniéndole, evitando que cayese nuevamente. Sus facciones, perfectas, demostraban su angustia. Recordaban a las del anciano, que con un esfuerzo se rehízo.

—Sarah, hija mía, esto es el final —contuvo a la muchacha, que quería dirigirse al teléfono—. Todo es inútil; no puedo escapar, y no hay tiempo.

Jadeaba, mirándola. Sabía que era mucho lo que iba a exigirle, pero confiaba en ella. Era su obra; él había modelado su espíritu y sabía que era fuerte, que sabía resistir.

—Ayúdame, Sarah.

Apoyándose en ella, llegó hasta una pequeña mesita. La muchacha acariciaba su rostro magullado con ternura.

—¡Padre! ¡Padre!

Sentía las lágrimas agolparse en sus ojos al contemplarle maltratado. No podía ocultar su ansiedad, su terror, al saber a su padre, su ídolo, en peligro de muerte.

—Serénate, Sarah. Necesito que me escuches —la voz de Fhiel volvía a ser enérgica y viril—. No tengo salvación. Hay que ser valientes. He conseguido que me dejasen entrar solo. Ellos ignoran tu presencia aquí. Toma ese sobre. Hay que hacerlo llegar a Wáshington. Tú lo llevarás.

La muchacha parecía no entenderle.

—Te has de salvar, padre; tú eres primero. Lucharemos... pero sálvate. Tu vida es lo más importante...

Fhiel la cogió por los hombros.

—Esto es más importante. Yo también amo la vida, pero hay ocasiones en que no es lo más importante. Lo has de llevar, hija.

Ella pereció resignarse; conocía bien a su padre. Cuando él lo pedía, era necesario cumplirlo. Se abrazaron. Fhiel salió de la estancia sin volver la cabeza. Ella se dejó caer, abrumada, en un sillón. Ni aun fuerzas para llorar tenía.

Phiel salló a la calle. «El Colillas» le escoltó hasta el coche.

—Vamos, vejestorio. Mueve las patas.

De un brutal empujón le lanzó sobre el asiento y empuñó el volante.

Peipus habló con suavidad:

—Los billetes, «Doktor».

Phiel se incorporó penosamente y le entregó los tres trozos de papel.

—Aquí están.

Peipus los examinó con atención.

—Éstos son. ¡Adelante, «Colillas»!

El automóvil recorrió rápidamente los paseos centrales, y después de dejar atrás la Postdammerstrasse se internó en una serie de callejas y callejuelas, cruzándolas a velocidad vertiginosa. Pocos minutos más tarde, el panorama cambió por completo. La elegancia de las zonas residenciales recién atravesadas, no paliadas por los efectos de la guerra, fue sustituida por la miseria más espantosa, más increíble que cupiera imaginar.

—¡Peste de pavimento!

«El Colillas» gruñía sin cesar, temiendo la rotura de una ballesta.

El vehículo saltaba, zarandeando violentamente a sus ocupantes.

El automóvil se detuvo.

—Baja, «Doktor», y no olvides que en nuestros bolsillos hay ciertos instrumentos... Por aquí.

Avanzaron, internándose entre las ruinas de lo que fueron bajos fondos berlineses, destruidos totalmente por los bombardeos y durante los feroces combates que precedieron a la ocupación de la capital alemana.

Ante los ojos del profesor se extendía una serie de chozas construidas con mucho barro y poca madera, y covachas, muchas covachas, a las que se asomaban sus andrajosos moradores.

El coche se detuvo ante un chamizo, uno de tantos, en los que vivían las familias desposeídas por la guerra.

—¡Adentro, «Doktor»!

Un individuo de cabellos completamente rojos, ligeramente giboso, que usaba gafas montadas sobre un grueso marco de concha, bien trajeado, que evidentemente no era el inquilino de semejante cabaña, esperaba, sin embargo, sentado en una

desvencijada silla y fumando un magnífico habano.

—¿Lo traéis?

—Sí, señor Patulengro.

—Los billetes. ¡Pronto!

El hombre de la colilla, que deferentemente se había quitado el sombrero, alargó los billetes al jefe.

—¡Buen trabajo, muchachos!

—¿Qué hacemos con el tipo, jefe? —preguntó Peipus, señalando a Fhiel.

—El «*Herr Doktor*» será nuestro huésped por tiempo indefinido. Solamente hasta que hayamos liquidado el asunto. Le gustará vivir aquí, «*Herr Doktor*»... Al fin y al cabo, este «pisito» no está mal... La compañía de los chicos es agradable.

Sergio Patulengro terminó su perorata con una estrepitosa carcajada. Contrastaba la dignidad de Fhiel con los ademanes chabacanos, groseros, del «boss».

—Muchachos —habló nuevamente el hombre de los cabellos rojos—, estableceréis un turno de vigilancia personal. Mog —agregó, comienza tú. Peipus, ven conmigo.

Patulengro y su secuaz abandonaron la húmeda choza, saliendo al aire libre.

—Lo liquidaréis en cuanto caiga la noche. Puede perder el equilibrio durante un paseo por la orilla del Spree; aquello está solitario... Sí, es lo mejor.

—Bien, jefe —asintió Peipus.

Patulengro se dirigió hacia el coche en que se verificara el secuestro del profesor. El automóvil arrancó velozmente en dirección a la ciudad, ante la mirada de admiración de los míseros habitantes de aquellas miserables chozas.

Un muchachillo de raza de color pasó en aquel momento por delante de los bandidos. Bajo su delgado brazo llevaba un lote de periódicos: la primera edición de la tarde. El chico apresuraba el paso. Tenía que correr, llegar al centro de la ciudad, allá donde estaban los señores bien vestidos, con zapatos limpios y hasta con corbata. Allí podría vender todos los ejemplares y llevar algunas perras a su madre, a la «viejita».

—¡Chico! —llamó Peipus, mientras zafidamente se limpiaba la boca con la manga de la chaqueta.

El negrilla se volvió, sorprendido. ¿Le comprarían un periódico en su barrio?

—¡Venga, «so» memo, dame el «Berliner»!

El muchacho no perdió la ocasión, y después de embolsarse apresuradamente las monedas corrió hacia el centro de la urbe, pensando que a veces sucedían cosas muy raras.

Peipus se acercó a Mog, que, sentado sobre unos escombros, canturreaba, estropeándolo horriblemente, el mambo de moda.

—Veamos qué dicen de nosotros —dijo Peipus. Desdobló el diario vespertino, y desde luego no quedó defraudado.

«El profesor señor Erich Fhiel, raptado», rezaba un gran título que ocupaba toda la cabecera de la primera plana.

«Se ignoran detalles», decía un subtítulo.

«Tan sólo se sabe que el profesor fue metido en una “limousine” verde que desde algún tiempo antes de cometerse el hecho estaba estacionado frente a la casa del señor Fhiel.

»En Jefatura ignoran, o no han querido dar publicidad, el móvil de la acción.

»La Policía se ha lanzado a la búsqueda del desaparecido. Toda la población, entre la que el ilustre profesor es muy conocido, hace votos por que se logre un rápido rescate y un severo castigo de los culpables».

A continuación, el diario hacía una breve biografía del desaparecido:

«El profesor Erich Fhiel —decía— nació en Berlín. Su padre, un ilustre general de los ejércitos del Káiser, hizo de Erich un hombre amante de la ciencia. Así llegó a ser, por su perseverancia y talento, uno de los cerebros más preclaros de nuestra Patria. Sin embargo, en 1933 tuvo que abandonar el país que le viera nacer, huyendo apresuradamente, como un vulgar delincuente. Había cometido el delito de llevar sangre hebrea en sus venas, crimen éste que no perdonaban los nuevos gobernantes. Fijó su residencia en los Estados Unidos, aunque en la actualidad se encontraba en su ciudad natal hacía unas semanas».

Aquí concluían las referencias al caso que daba el periódico.

—Ya lo sabes, «Colillas» —dijo Peipus—: toda la Policía te pisa los talones.

Mog escupió groseramente.

—Me ha perseguido la «bofia» de casi todos los países del Continente, y aquí me tienes. ¡Bah, la «Poli»! —concluyó, reiterando sus esputos.

—No hay miedo —adujo Peipus—; no tienen ninguna pista.

—Si yo siempre lo digo: soy demasiado inteligente para ellos.

—Únicamente —añadió Peipus— hay un Cuerpo con el que no quisiera tener que entendérmelas: con el

F. B. I.

Mog era hombre supersticioso. Haciendo una horrible mueca, que puso en evidencia su ojo de cristal, se levantó de un brinco, aproximándose a un cercano chamizo, tocando reiteradamente madera.

—No lo mientes, Peipus. No bromees con estas cosas. ¡El

F. B. I.!

Por nada del mundo cometería un delito que entrase dentro de las atribuciones del

F. B. I.

—Desde luego, «Colillas». Tú y yo somos inteligentes, y los hombres de talento huyen del

F. B. I.

como de la peste...

—Bueno, Peipus —dijo Mog, mascando su punta de cigarrillo—, vigila tú ahora al «Doktor».

Peipus, doblando el diario, se dirigió hacia la choza.

En tanto, la noche había caído. El profesor intuía que se aproximaba el momento decisivo. Su clarividente cerebro le permitía comprender que la muerte se acercaba. Fhiel no deseaba morir, pero tampoco tenía miedo. En su profesión, el hilo de la vida podía quedar cortado en cualquier momento... Sin embargo, tenía una hija, una bellísima muchacha que quedaría sola en la tierra. No es que temiese por ella, no; Sarah sabría abrirse camino en este áspero mundo mejor que muchos hombres. Pero la quería tanto...

En fin, de nada servía dejarse llevar de tristes pensamientos. Cuando llegase el momento lucharía, y si moría, su hija tendría, al menos, el orgullo de saber que su padre había caído por la causa de la justicia.

Y el momento llegó.

—Bueno, Peipus, liquídalo. Yo voy a acercarme por la nueva

edición del periódico. Soy presumido; ya ves, me gusta ver que el «papel» habla de mí.

—Está bien; yo lo despacharé; pero vuelve pronto. Ya sabes que tengo dos chicas para esta noche.

Mog, entre desharrapados individuos, se dirigió hacia el casco de la urbe, mientras Peipus se encaminaba hacia el interior del chamizo.

—¡Eh, «Doktor», vamos a dar un paseíto por la orilla del Spree! Resulta muy romántico.

Erich Fhiel se levantó. Comenzó a caminar despacio, con la cabeza erguida, dignamente.

—Por aquí, «Doktor». A la izquierda.

El profesor sabía lo que vendría luego: cien yardas más allá se encontraban los canales, y en el fondo, el fango viscoso en aquella noche impenetrable.

—Voy a liquidarte, «Doktor» —Peipus hacía alarde de cinismo siempre que se le presentaba ocasión—. Así, la «bofia» sabrá a qué atenerse y los «papeles» hablarán de mi mañana otra vez.

Fhiel volvió la cabeza. Las covachas quedaban a distancia y la miserable barriada se perdía ya en la oscuridad... No había tiempo que perder.

Súbitamente, olvidándose de su avanzada edad, de un manotazo logró hacer caer al suelo la pistola que Peipus sostenía en la mano. Antes de que el bandido reaccionase, se abalanzó sobre su cuello, y mediante una llave de judo logró derribarlo.

En tanto, Mog, pálido, desencajado, sudoroso, corría por las calles de Berlín hacia los escombros de lo que antaño fuera una barriada.

—¡No lo hagas, Peipus, no lo hagas! —Iba gritando por las calles, ante el asombro de los escasos transeúntes que a estas horas encontraba a su paso.

El profesor había sido un magnífico luchador, y dominaba el «*jiu-jitsu*» como pocas personas. Sin embargo, le pesaba la edad. Iba perdiendo fuerzas. Las tornas se volvieron. Peipus, pasada la sorpresa, se repuso. No tardaría en quedar Fhiel totalmente dominado.

—¡Detente, Peipus! ¡Espera, espera!

Mog corría ya entre las chozas y cuevas, atropellando a los

asombrados habitantes que encontraba en su camino.

—Se acabó, «Doktor». Basta de bromas.

Peipus era nuevamente dueño de la situación.

«Sí, se acabó», pensó Fhiel. Y en aquel momento evocó por última vez la imagen de Sarah, de su hija.

No pudo pensar más. Su cerebro comenzó a oscurecerse, la escena daba vueltas... Comprendía que perdía el sentido... De pronto se sintió lanzado en el vacío. Una sensación de infinita angustia; después, el agua fría.

El profesor se debatió, tratando de nadar, aferrándose a la vida; pero era inútil. No tenía fuerzas, se desvanecía.

Todo acabó.

Peipus había golpeado al profesor con la culata de la pistola, empujándole después al abismo. Con una linterna contempló el final. El, Peipus, era un hombre inteligente, y, como tal, tenía que comprobar el resultado. Sí, el profesor se había hundido ya.

«Buen trabajo, amigo», se dijo a sí mismo. Peipus se sentía contento. Todo terminado. Mañana, otra vez en el «papel». Y ahora, a buscar a su compinche, a disfrutar de la vida. Había dos rubias esperando.

Mog corría hacia el río con toda la velocidad que le permitían sus fuerzas.

—¡Peipus, Peipus! ¡Detente, espera!

Peipus, con las manos en los bolsillos, regresaba encantado de la vida, que se le presentaba de color de rosa. El «boss» pagaría bien un trabajo tan sencillo.

—¡No lo mates, Peipus!

Aquél dejó de silbar. Si no se equivocaba, Mog le llamaba. ¿Qué ocurriría?

—¡Peipus, no lo hagas!

»Que no lo haga —murmuró Peipus—. Sin duda —pensó—, el “boss” ha cambiado de opinión. Pues lo sentía; el trabajo estaba hecho, y había que pagarle. Lo demás a él no le interesaba.

En aquel momento llegó Mog, derrengado por la loca carrera. Toda su gruesa humanidad temblaba.

—¿Qué ocurre, «Colillas»?

—Peipus, ¿y el «Doktor»?

—Liquidado.

—¡Muerto! ¡Oh, Peipus, buena la hemos hecho!...

Mog se derrumbó materialmente en el suelo.

—Lee, Peipus, lee esto. Aquí —indicó Mog, señalando un punto del periódico que llevaba en las manos.

Peipus, iluminando el diario con la linterna, comenzó a leer. Su rostro fue palideciendo. No fue presa del terror de su compañero, pero desapareció de su faz la sonrisa. También se olvidó de la rubia, de la juerga que poco ha se prometiera.

«Última hora. Sensacional», era el encabezamiento del artículo indicado por Mog.

«El desaparecido profesor Fhiel —decía a continuación— era un perito especialista agregado a los servicios del

F. B. I.

Se encontraba en Berlín cumpliendo una misión de dicho Federal Bureau of Investigation. En consecuencia, el

F. B. I.

toma cartas en el asunto. Ya ha anunciado su intervención, y colaborará con la Policía local».

—Es la silla eléctrica —musitó Mog—. No nos salvaremos.

El rostro de Peipus estaba tétricamente sombrío. El, precisamente, era el autor material del crimen.



LOS PADRES PUEDEN REGALAR
A SU HIJO LO MEJOR DE LO
MEJOR:

**Un cuaderno de
AVENTURAS DEL F. B. I.**

II



OPI estaba recostado indolentemente en la pared de la estación del «subway». Se hubiera dicho que Popi había llegado a dicho lugar huyendo del frío, y que no teniendo otro trabajo que el de dejar pasar el tiempo, se entretenía observando curiosamente al público. Sin embargo, Popi ni miraba con curiosidad ni tampoco se había entregado a la filosofía barata. Repentinamente, su aire de indiferencia desapareció; aquel señor gordo, bajito, medio calvo, que acababa de aparecer le llamó mucho la atención; tanto, que Popi comenzó a caminar tras él arrastrando su pierna izquierda, inútil para lo que se han creado todas las piernas: para andar.

Llegó el tren, y el señor gordito, entre codazos y empujones, tuvo la suerte de lograr instalarse en su interior. Junto a él, Popi se

preguntaba por qué un hombre tendría que soportar tantas molestias y apreturas para ganarse la vida.

Popi no se encontraba a gusto; comoquiera que el señor gordo y calvo tuviese aspecto de buena persona, se atrevió a interpellarle:

—Señor, yo soy Popi, el cojo. ¿Le molestaría que me apoyase en usted? —preguntó, pugnando por mostrarle su pierna inútil.

—¡No faltaba más! Póngase todo lo cómodo que le sea posible.

El señor, además de gordo, resultó jovial y parlanchín. Conversaron animadamente sobre los defectos de la Administración, lo cara que estaba la vida y las dificultades de los transportes.

Por fin, el señor gordo, calvo y jovial se apeó en una estación. Popi lo hizo en la siguiente, pero no pudo ver el revuelo que su reciente amigo estaba organizando, aunque se lo figuraba.

—¡Maldito cojo! —clamaba dicho señor—. ¡Ha sido él! ¡Me ha robado la cartera! Miren ustedes cómo me ha dejado la ropa. ¡La Policía, avisen a la Policía!

El señor gordo, que había dejado de ser apacible, mostraba el corte que, indudablemente con una «*gillette*», le habían hecho en la americana.

Popi, refugiado en un portal, se frotaba las manos con placer. ¡Treinta y seis dólares! Indudablemente, el señor gordito era persona acomodada. ¡Si no había más que ver con qué educación hablaba! Le enviaría los documentos que se hallaban en la cartera por Correo. Popi no quería hacer daño a nadie.

Guardando todo en los bolsillos, Popi salió de nuevo a la calle. ¿Iría a casa? No; aquel día se encontraba trabajador. Volvería a probar fortuna, ahora en la calle. Allí había un señor de aspecto muy distinguido que a pocos pasos tendría que esperar a que se abriese el cruce de la Cuarta Avenida...

Popi se encontraba ya junto a su hombre. Su mano derecha se elevó, acercándose a la americana del otro; tenía cierto instrumento afilado en la mano. Aquél era el momento culminante. Antes de cortar, Popi miró hacia adelante, después hacia atrás... y su mano bajó automáticamente al ver a aquel hombre alto, de complexión privilegiadamente atlética, con su gabardina cruzada y el sombrero de ala ancha y aquella cicatriz que le atravesaba toda la frente.

A saltitos, arrastrando su pierna inútil, Popi se acercó a su amigo.

—¡Hola, señor Hunt!

El hombre de la cicatriz pareció verle en aquel momento.

—Adiós, Popi; llevo mucha, prisa.

«Gran hombre el señor Hunt», se dijo el cojo. Popi sentía mucha admiración por Roland Hunt, agente especial del

F. B. I.

Se jactaba de su amistad, y en realidad le había servido en algunas ocasiones como confidente, ayudándole a obtener noticias que le facilitaban la resolución de los casos.

Popi no tenía nada que hacer. La simple vista de su «amigo» le hizo olvidar su afán de trabajo. Así, pues, seguiría al inspector. ¿Qué más daba deambular en una dirección que en otra? El señor Hunt llegó a Centre Street, entrando en la sede del

F. B. I.

Popi, que no estaba dispuesto a esperar, se marchó a su casa, aunque quizá, con un poco de suerte, encontrase trabajo por el camino...

En la central del

F. B. I...

el agente especial Roland Hunt y el inspector Mac Cangle celebraban una entrevista.

—El profesor Fhiel ha sido asesinado por la banda de monederos falsos de Patulengro, ¿no es cierto? —inquirió Hunt.

—Así se deduce de los informes que nos ha proporcionado la señorita Fhiel.

—Pida las referencias de esa banda —solicitó Hunt.

Mac Cangle pulsó un timbre.

—La ficha «Falsificación Patulengro» —ordenó al empleado que había acudido.

Éste reapareció a los pocos minutos con una cartulina blanca escrita a máquina.

«En total —decía en sus últimas líneas y como resumen del caso —, fueron puestos en circulación tres millones de dólares en moneda falsa, que se cambiaban en los mercados negros europeos. Los billetes se fabricaban en la granja llamada La Serpiente de Eva, situada en cierto sitio de Nevada. Toda la maquinaria fue destruida, y el “gang”, desarticulado. El jefe de los falsificadores, Sergio Patulengro, logró huir de los Estados Unidos. Eddie Hunt, agente

especial del

F. B. I.,

fue víctima de los bandidos. Ello motivó la intervención del

F. B. I.».

«El

F. B. I.

considera el caso en suspenso, pero no concluido».

Roland Hunt estaba en pie; la cicatriz de su frente había adquirido un fuerte color escarlata. Mac Cangley sabía lo que ello significaba, y comprendía la ira, la furia que invadía a Hunt en aquellos momentos.

—Inspector —dijo Hunt al fin—, desde el día aquel —se refería a la muerte de Eddie— he seguido las andanzas de Patulengro por medio de Agencias particulares, ya que oficialmente no se podía hacer nada. El asesino de mi hermano es el hombre que ha matado a Fhiel.

—Cierto, Hunt. Los documentos que la hija de Fhiel nos ha enviado así lo confirman.

—En este caso, el F. B. I. destacará algún agente a Europa. Permítame ir a mí. Resolveré el caso y vengaré a mi hermano. Juro que llevaré a Patulengro a la silla eléctrica o mis huesos irán a reposar junto a Eddie.

—De acuerdo, Roland; puede usted partir cuando quiera. Suerte.

—Traeré a Patulengro, inspector —dijo Hunt, mientras salía de la habitación.

Dos días más tarde, un grupo de viajeros descendía del avión de las líneas aéreas norteamericanas que acababa de tomar tierra en el aeródromo de Tempelhof, Berlín. Confundido entre los demás, un hombre alto y corpulento, con una amplia cicatriz que cruzaba su cara.

El

F. B. I.

había entrado en acción.



¡ATENCIÓN, LECTOR!

Si su librero no tiene el número que
usted desee de nuestras publicaciones
ESCRIBANOS
y lo recibirá a **REEMBOLSO**, libre de gastos.
EDITORIAL ROLLAN - S. Bernardo, 68 - MADRID

III



L «Packard» se detuvo ante el Talkenwein, pintoresco cafetín de los bajos fondos berlineses.

—Espéreme a la vuelta de la esquina —ordenó al hombre que iba al volante, al tiempo que se apeaba. El agente especial salvó rápidamente la distancia que le separaba del Talkenwein, penetrando en el tabernucho con pretensiones de «*cabaret*».

«Olé, torero», coreaba en aquel momento un grupo de parroquianos que, sin duda a causa de la cerveza, se sentían extraordinariamente atraídos por la tauromaquia.

—«Noch ein mal, noch ein mal!» —clamaba un robusto individuo de cabeza cuadrada, al tiempo que daba sendos puñetazos sobre una mesa de mal pino, amenazando derruirla.

—«Gut, noch ein mal!» —contestó una voz femenina.

Roland Hunt pudo localizar, a través del denso ambiente oscurecido por el humo de centenares de cigarrillos de pésimo tabaco, a una joven con pretensiones de vampiresa que, disfrazada de gitana a la española, se disponía a cantar y bailar.

—Una mesa —pidió Hunt al camarero que acudió deferente al ver entrar a un señor tan elegante.

En aquel momento, la orquesta comenzó a tocar una zambra, a la vez que la bailarina, al igual que si sufriese un ataque epiléptico, se movía anárquicamente, como poseída de locura furiosa, en tanto que las castañuelas que sujetaba entre sus manos sonaban horriblemente.

«¡Olé, torero!», coreaba la masa, enardecida.

—¡Toma, gitana!

El obeso señor de la cabeza cuadrada, cansado de dar puñetazos sobre la dura mesa, brindaba una jarra de cerveza a la bailarina, tratando de hablar en un deplorable castellano.

—¡No interrumpas, gordo Kraus! ¡Deja que «Karmen» cante! —exclamó un entusiasta admirador de la artista.

—¡Doy cerveza porque quiero! ¡Me da la gran gana!

—¡O dejas de cantar, o te doy un puñetazo!

Al tiempo que hablaba, el individuo, cuya humanidad, pese a haber afeado la obesidad de Kraus, alcanzaría las ciento ochenta libras de peso, se abría paso fatigosamente, a codazos, entre la multitud, amenazando con el puño a su contradictor.

—Toma cerveza, «Karmen» —insistió Kraus—. No hagas caso a Poltzi.

En aquel momento, Poltzi logró acercarse a Kraus. Aparatosamente escupió dentro de la jarra de cerveza que éste sostenía en sus manos, ofreciéndosela a su «estrella».

—Y ahora, bebe tú, grandísimo cerdo —dijo.

Durante unos segundos, el rostro de Kraus se dedicó a hacer la competencia a los camaleones. Tan pronto estaba blanco como la cera, para tornarse rojo de sangre. Finalmente, arrojó el contenido de la debatida jarra a la cara del llamado Poltzi.

—¡Sinvergüenza, asqueroso! ¡Verás cómo te mato, «so» gordo!

El público había hecho corro y miraba divertido.

—Señoras y señores: Después de «Karmen» viene ahora el número de los «Fatis». ¡Atención al espectáculo!

Un jovial espectador iba explicando el desarrollo de la cómica pelea con la seriedad de un locutor radiando un combate de boxeo.

—¡Gordo, tú! ¡Ahora te doy! —dijo Poltzi, al tiempo que adelantaba su puño.

Kraus, resoplando de fatiga y de ira, se abalanzó sobre su contrincante. Ambos rodaron por el suelo.

—«Du, so Schwein»!

Poltzi no se cansaba de llamar cerdo al otro.

Kraus había logrado colocarse sobre su enemigo y le pegaba enérgicos puñetazos con la misma aplicación que empleara antes tratando de deshacer una mesa.

—¡Cerdo asqueroso! —chillaba Poltzi, en el colmo de la rabia, a la vez que escupía hacia arriba, tratando de alcanzar el rostro congestionado de su enemigo.

—¡Vamos, Poltzi, pégale!

El público, divertidísimo con este número fuera de programa, se había dividido en dos bandos, jaleando cada uno a su favorito.

—¡Acaba con él, Kraus!

—¡No te dejes, Poltzi! ¡Zúrrale!

Resultaba altamente cómico ver aquellas moles humanas debatiéndose por el suelo con movimientos tan lentos y pesados como ineficaces, acusándose mutuamente de obesidad y tratando de golpearse, sin conseguirlo más que raras veces...

—¡Te voy a matar, gordísimo Poltzi! —insistía Kraus.

En aquel momento, un hombre pequeñito, con una poco cuidada barba negra a lo existencialista, rompiendo el corro de espectadores, se aproximó a los combatientes. Éstos parecían consumirse en un odio mortal, deseosos de acabar el uno con el otro.

—¡Te descuartizaré, gordo Kraus, y te sacaré los ojos!

—¡Yo te voy a beber la sangre delante de todos!...

—¡Eres un cerdo!

—Te rompo...

En aquel momento, el hombre de la barba negra intervino:

—¡Basta ya! No quiero más jaleo en mi local. Vais a atraer a la Policía, y no quiero semejante gente en mi Talkenwein.

—¡Tengo que matarle, no tengo más remedio! —Trataba de explicar Kraus.

—¡Y yo a ese cerdo! ¡Y yo a ese cerdo! —exclamó Poltzi.

—¡Basta ya! —repitió el dueño, mesándose las barbas—. ¿No comprendéis que estáis haciendo el payaso?

Kraus, poniendo cara de circunstancias, se rascó la cabeza un largo rato. Finalmente habló:

—Oye, Poltzi: dice que estamos haciendo el payaso. ¿Crees que es verdad?

Poltzi, sentándose trabajosamente en el suelo, no contestó. Estaba pensando:

—Mira, Kraus: me parece que tiene razón.

—Vámonos, Poltzi —dijo Kraus, mirando rencorosamente al público.

—Vámonos, Kraus.

Los dos protagonistas de la grotesca escena se levantaron y con gran dignidad se cogieron del brazo, encaminándose altivamente hacia la salida del Talkenwein.

—Kraus, ¿no me das cerveza? —intervino la bailarina.

Una carcajada general coreó la gracia de la artista. Poltzi y su amigo se volvieron un instante, y después de envolver a la concurrencia en una olímpica mirada de desprecio abandonaron el local.

La orquesta comenzó a tocar. La cantante parecía desgañitarse:

—¡Oh, Lili Marlene!

Continuaba vestida de gitana, pero no importaba.

El público repetía:

—¡Oh, Lili Marlene!

Roland Hunt había contemplado el espectáculo desde su mesa. En aquel momento sostenía en su mano una hoja de papel en la cual había una lista de nombres y direcciones. La relación era muy larga; estaba numerada, y la última de todas decía:

«135. —Peter Maltenkausenwurm, dueño del café Talkenwein».

Hacía casi dos semanas que Hunt llegó a Berlín. Inmediatamente se puso en contacto con los altos jefes de la Policía Federal, allí destacada; de estas entrevistas salió la cuartilla que ahora tenía, y en la cual se hallaban insertos todos los lugares en los que se traficaba con moneda, todos los mercados negros en los que

posiblemente se compraban dólares legales y... quizá falsos. Las ciento treinta y cuatro primeras direcciones estaban tachadas.

Todas ellas representaban sitios que Hunt había visitado uno por uno y los había ido desechando. Estas inspecciones las había realizado Hunt personalmente, sin delegar en nadie. Era una tarea ímproba, ciertamente, pero el

F. B. I.

trabajaba así, y en ello radicaba su éxito. Ser agente del

F. B. I.

no era una cosa cualquiera: ello requería condiciones especiales.

El

F. B. I.

seleccionaba bien a sus hombres, después les daba una excelente preparación en la Academia de Quantico, y ellos, una vez con su nombramiento de agentes, juraban consagrar toda su vida a la defensa de la Justicia, sin delegar en nadie las misiones peligrosas, pesadas, o desagradables.

—Camarero —llamó Hunt.

—¿Señor? —se aproximó el hombre, refregándose las manos.

—Diga al dueño que deseo hablar con él a solas.

El camarero se dirigió hacia el hombre de las barbas negras.

—Ese señor —dijo— quiere hablarle en privado.

El dueño del cafetucho miró insistentemente hacia donde se hallaba Hunt.

—¿No será de la Policía? —preguntó, receloso.

—Es un señor muy educado —fue la respuesta del camarero.

—Hazle pasar al reservado —ordenó por fin el dueño, alisándose la barba.

Hunt fue introducido en una habitación de dimensiones muy reducidas, en el centro de la cual habían una mesa y una silla; ocupando toda la longitud de una de las paredes, un diván bastante sucio y raído. No había ninguna ventana para la ventilación, pese a lo cual, el ambiente era mucho más despejado que en la sala, llena de humo de tabaco.

El hombre pequeño, dueño del Talkenwein y de la barba negra, hizo su aparición.

—Soy Peter Maltenkausenwurm —dijo, a modo de presentación—. ¿Desea usted hablarme?

—Me envía Torello —contestó Hunt en un correcto alemán. El agente especial dominaba el idioma como los propios nativos; de lo contrario, el

F. B. I.

no le hubiese encargado de la misión.

—¿Torello?... ¿Torello?... No recuerdo, señor. Creo que no he oído nunca ese nombre.

Hunt miró fijamente a su interlocutor, y éste comenzó a sentirse intranquilo.

—Usted conoce a Torello, y Torello me ha dicho que el dueño del Talkenwein, un hombre bajito y con una barba negra, un tal Maltenkausenwurm, me proporcionaría dólares, muchos dólares. Los necesito para un buen negocio.

—Si se trata de eso... sí conozco a Torello —exclamó Maltenkausenwurm—. Creí que era usted de la Policía...

—Necesito dólares. ¿A qué precio me los proporcionará?

—Están muy escasos, señor. Por eso van bastante caros.

—Necesito muchos y muy baratos.

—¡Eso es imposible!

—Puede ser muy bien. Repito, y entiéndame de una vez, que quiero muchos dólares y muy baratos, baratísimos. No me importa que sean falsos...

—¡Falsos! ¡No tengo dólares falsos!

La cara de Maltenkausenwurm demostró inquietud.

Roland Hunt, de un brinco, se acercó a la puerta del reservado. Éste, por dentro, tenía puesta una llave, probablemente para que las parejas de enamorados pudiesen quedar aisladas... del ruido que hacían los parroquianos. Hunt cerró, guardándose la llave en el bolsillo.

—Escuche, Maltenkausenwurm. Torello está detenido, y ha confesado. Me ha dado su nombre, y usted, quiéralo o no, me va ayudar. Persigo a una banda de falsificadores. Quizá haya oído usted hablar de un tal Patulengro, o quizá no. Lo seguro es que está usted en contacto con gentes de su organización. ¡Vamos, Maltenkausenwurm, ya está usted hablando!

—¡No conozco a nadie, no sé nada!

Hunt comprendió que aquel hombre pequeñito era duro. Por las buenas no lograría nada. Así, pues, se quitó la chaqueta. Le

repugnaba extraordinariamente lo que iba a hacer. Iba en contra de su naturaleza el pegar a un individuo en inferioridad de condiciones físicas. Sin embargo, no había otra solución. Al fin y al cabo, Maltenkausenwurm era un maleante; por él podría llegar a Patulengro, el asesino de su hermano.

El dueño del Talkenwein palideció al ver el color escarlata de la cicatriz que cruzaba la frente de Hunt. Éste, con la mano izquierda, dio una tremenda bofetada a Maltenkausenwurm, a la vez que con la derecha le castigaba el estómago.

—¡No! ¡Eso, no! —chilló el hombre de la barba.

—¿Hablarás?

—¡No sé nada!

Un nuevo golpe a la mandíbula, y Maltenkausenwurm cayó al suelo.

—¡Confiesa, y te dejaré tranquilo!

—¡No sé de qué me está hablando!

Hunt, cogiéndole por la chaqueta, lo levantó en vilo. Después de zarandearle por los aires lo lanzó contra el suelo. Maltenkausenwurm se acurrucó en un rincón mientras gemía. Roland se aproximó a él. De nuevo le sujetó por la chaqueta.

—¡Basta ya, basta! —chilló, aterrorizado, el hombrecillo—. ¡Estoy dispuesto a ayudarle, hablaré!

—Bien —dijo Hunt—; así es mejor. —¿Conoces a Patulengro?

—Nunca oí hablar de él; se lo aseguro, señor —respondió el aludido, mientras se limpiaba un hilillo de sangre que corría por su mentón, ensuciándole la barba.

—¡No mientas!

—No le engaño, señor —la voz asustada de Maltenkausenwurm aseguró a Hunt que el hombre decía la verdad.

—¿Tienes dólares falsos?

—Yo, no, señor; pero puedo ponerle en contacto con alguien que se los puede proporcionar.

—¿Cómo se llama?

—Mog; de sobrenombre, «el Colillas», porque siempre tiene una punta de cigarrillo entre los labios.

—¿Dónde se le puede localizar?

—Aquí cerca, señor.

—¡Llévame a su presencia!

—Cuando quiera.

—No te olvides de esto durante el camino —dijo Hunt, mostrando una automática— ni de esto —agregó a la vez que enseñaba su documentación del

F. B. I.

No sería arriesgado asegurar que esto último hizo en Maltenkausenwurm más efecto que la pistola.

—Vamos; tú delante —ordenó el agente especial, después de abrir la puerta.

En la sala del cafetucho todo continuaba igual.

—¡Oh, Lili Marlene! —cantaba la «estrella».

—Lili Marlene —coreaba el público.

—A la izquierda —ordenó Hunt una vez que hubieron salido a la calle—. Sube —agregó, cuando llegaron ante el coche.

El «Packard» arrancó velozmente, deslizándose por diversas callejuelas, siguiendo las indicaciones de Maltenkausenwurm; después de cruzar por Kurfürstendamm, se internó en un suburbio berlinés, deteniéndose, por fin, muy cerca de la línea de demarcación limítrofe con la zona soviética.

—Es a la vuelta de la esquina —indicó el dueño del Talkenwein.

—Andando —ordenó Hunt a la vez que se dirigía en la dirección indicada.

Una vez llegaron al edificio en cuestión, ascendieron por las sucias escaleras hasta el primer rellano.

—Aquí —dijo Maltenkausenwurm.

Hunt iba a golpear la puerta, pero se detuvo en el preciso momento de hacerlo. Del interior de la habitación surgía el murmullo de una discusión. Encima de la puerta había un montante de cristal.

—Ponte a gatas —ordenó Hunt— y cuidadito con intentarme una jugada.

—No quiero cuentas con el

F. B. I.

—gruñó, más que dijo, Maltenkausenwurm, mientras adoptaba la incómoda postura.

Hunt se subió sobre las espaldas del hombrecillo, que tenía que hacer un gran esfuerzo para soportar el peso del agente. Aguzando el oído, pudo Hunt escuchar lo que se hablaba en el interior, a la

vez que contemplaba la escena.

Una bellísima muchacha, de ojos color azabache y negro cabello, se hallaba situada detrás de una mesa toscamente construida. Al otro lado del mueble, un individuo bastante grueso, con el sombrero puesto y una colilla en la boca trataba de alcanzarla.

—Vamos, señorita Fhiel, no perdamos tiempo.

Sarah Fhiel hizo un gesto de desdén a la vez que giraba hábilmente alrededor de la mesa, para alejarse del individuo que la asediaba.

—¡Asesino! —exclamó.

—Bueno, palomita, basta ya —los ojos de Mog brillaban siniestramente—. Has venido a meterte en la boca del lobo y no escaparás así como así.

—Cuidado, bandido. ¡No te acerques!

Hunt no pudo menos de admirar a la encantadora muchacha, que ni por un momento perdió la sangre fría.

—¡No te acerques! —repitió Sarah.

Mog perdió el sentido de las cosas. Gruñendo, pero sin perder su inevitable colilla, derribó la mesa de un patadón, abalanzándose sobre la joven.

—¡Atrás, atrás! —chilló ésta.

Mog la alcanzó. Consiguió cogerla una mano. Una lucha desigual se desarrolló a continuación.

—¡Quieto, asesino! ¡Mataste a mi padre!

El bandido la atrajo hacia sí. Sarah, con la velocidad de un relámpago, viéndose perdida, extrajo un puñalito de entre los pliegues de su vestido.

—¡Toma, bruto! —exclamó, al tiempo de abalanzarse sobre él con el arma en la mano.

Mog hizo, muy oportunamente, un movimiento de retroceso. De todos modos, fue alcanzado; un hilo de sangre brotó, sobre la chaqueta, por encima de su hombro.

—¡Me has herido!

Mog levantó la mano, dispuesto a castigar la osadía de la muchacha. No llegó a tocarla. Un ruido de cristales rotos, una detonación. Mog, con un alarido, se miró la mano, de la que manaba sangre.

—¡Maldita sea! —bramó.

Hunt no había intervenido antes fascinado por aquellos ojos negros, pero al ver a Sarah en peligro, actuó rápidamente. Disparó, con la destreza propia de los agentes del

F. B. I.,

y la bala perforó exactamente el sitio que Hunt deseó.

—¿Quién hay ahí? —Mog se abalanzó hacia la puerta, sujetándose la mano dañada, pero no llegó a la misma.

—¡Quieto, Mog!

La orden partió de Hunt, que acababa de irrumpir en la habitación. Tras él entró Maltenkausenwurm, que se había convertido en un perrillo faldero.

—¡Tú, «Barba de Chivo»! ¡Traidor! —rugió Mog—. Ése será de la «bofia» —agregó, a la vez que con la mano sana extraía una pistola del bolsillo.

—¡Tira el arma! —ordenó Hunt.

Un disparo, que no dio en el blanco, fue la respuesta.

—No dispaes, «Colillas»; es del

F. B. I.

Maltenkausenwurm trataba, evidentemente, de salvar a Mog.

—Eso para ti, «Barba de Chivo».

El aviso fue acompañado de una detonación. Un terrible alarido salió de la boca del dueño del Talkenwein, que, llevándose una mano al pecho, rodó pesadamente, como un fardo, por el suelo de la habitación.

Sarah, que había pasado inadvertida, se aproximó a Mog, por su espalda, con una silla en alto. Sin embargo, no llegó a descargar el golpe, pues en aquel momento, Mog se abalanzó a los pies de Hunt. Aquél, perdiendo el equilibrio, cayó al suelo. Fue solo un momento, pues inmediatamente se levantó, pero su estratagema dio tiempo a Mog para, alcanzar la puerta y abandonar la habitación. Hunt salió tras él. Por un instante pudo localizar a su enemigo en el rellano de la escalera y disparó. Un grito le demostró que había dado en el blanco.

—¡Detente en nombre del

F. B. I.!

Mog seguía corriendo, dejando tras sí un reguero de sangre. Hunt maldijo para sí. ¡Si se pusiera un instante a tiro! Pero no ocurrió esto. Y un portazo demostró a Hunt que su enemigo le había

tomado la delantera.

Optó por no perseguirle, ya que tenía muy pocas probabilidades de éxito, para atender a Sarah Fhiel, que había quedado en una habitación, sola, con un muerto y sangre por doquier. La encontró muy pálida, pero serena. Y también —¿por qué no reconocerlo?— bellísima.

—Gracias, señor; me ha sacado usted de un gran apuro —dijo, con su dulce voz, no bien apareció Hunt.

—No siempre resulta agradable el cumplimiento de la obligación, señorita Fhiel —respondió, galantemente.

—Salgamos de aquí, por favor. ¡Esto es horrible!

Súbitamente, toda la entereza de Sarah se desmoronó. Sin poder contenerse, comenzó a llorar desconsoladamente, como una chiquilla. En realidad, sus nervios ya habían soportado bastante.

—Tranquilícese, señorita; ya ha pasado todo.

Ella, apoyando su cabeza sobre el hombro de Hunt, continuaba llorando. Roland la rodeó con su brazo, acariciando sus cabellos. Una dulce sensación se apoderó de él. Se hubiese pasado así el resto de su vida.

—Ya estoy mejor, gracias —dijo Sarah, irguiéndose.

—¿Qué hacía usted aquí? —inquirió el agente.

—Ellos asesinaron a mi padre. Desde aquel día no he cesado de investigar, pues no pararé hasta verlos ahorcados —su semblante demostraba gran determinación—, y hoy logré la pista de este Mog.

—Y sin pensarlo más —interrumpió Hunt— se metió usted en la boca del lobo, ¿no es así?

—Cierto —confesó Sarah.

Hunt consideró llegado el momento de las presentaciones.

—Soy Roland Hunt, agente especial del

F. B. I.,

encargado del caso de su padre.

—Celebro conocerle, señor Hunt. Ahora tengo más confianza en que se hará justicia.

Sarah no se limitaba a decir un cumplido. En lo más profundo de su ser sentía que, efectivamente, nada podía oponerse a la sugestiva personalidad de aquel hombre. ¡Qué gran sensación de alivio, de protección, notó cuando él la había rodeado con su brazo!

Hunt, tomándola del brazo, la hizo salir al rellano de la escalera.

El aspecto del agente del

F. B. I.

era ahora sombrío.

—¿Qué le ocurre? —inquirió Sarah, que se había percatado de ello.

Roland había extraído de su bolsillo una cuartilla. En ella aparecía una larga lista de nombres y direcciones. Las ciento treinta y cuatro primeras aparecían tachadas. La última decía:

«Ciento treinta y cinco:

Peter Maltenkausenwurm, dueño del Café
Talkenwein».

—He aquí —dijo Hunt— todas las posibles pistas para localizar a Patulengro. El único eslabón que podía llevarnos a él era el hombre de la barba negra, y está ahí, muerto —concluyó, al tiempo que rompía la cuartilla en mil pedazos.

—Entonces, ¿escapará? —preguntó Sarah, por cuya cara pasó una sombra de odio.

—El asesino del profesor Fhiel, su padre, y de Eddie Hunt, mi hermano irá a la silla eléctrica.

Sarah se asustó al ver el color escarlata que estaba adquiriendo la cicatriz de Roland Hunt.

Y Sarah no dudó, desde aquel momento, que Patulengro era hombre muerto.

—Utilizaremos la astucia, ya que ha fallado lo otro. El

F. B. I.

nunca fracasa —añadió Hunt, mientras la llevaba hacia el coche.



¡ATENCIÓN, LECTOR!

Si su librero no tiene el número que
usted desee de nuestras publicaciones

ESCRIBANOS

y lo recibirá a REEMBOLSO, libre de gastos.

IV



RAN animación reinaba aquella mañana en el Hohenstraufenplate. En efecto, eran las horas a las que todos los domingos se reunían en aquella típica plaza berlinesa los aficionados a la filatelia, constituyéndose espontáneamente un mercado, en el que se compraban, cambiaban y vendían sellos de todos los países, precios y colores.

—Este ejemplar no lo tengo. ¿Por cuánto me lo vendes? —La pregunta había partido de un respetable anciano e iba dirigida a un chiquillo de unos quince años.

—Dos marcos, señor. Es un sello muy bueno. Pertenece a la primera emisión de los comunistas chinos.

—¿Dos marcos, ladroncete? No vale ni cincuenta pfennig. Bueno; toma un marco, rapazuelo. Ya te has ganado el «cine» de

esta tarde.

El muchacho se marchó, encantado del magnífico negocio que acababa de hacer, mientras el viejo contemplaba, cariñosamente, el rectángulito de papel que acababa de adquirir.

—De los comunistas, chinos, ¡qué curioso! —musitó, mientras, con mucho cuidado de no estropear el dentado del sello, lo guardaba en su cartera.

Escenas semejantes se desarrollaban por doquier. El gentío iba aumentando a medida que se acercaba el mediodía. Ancianos, chiquillos, jóvenes, mujeres, toda la gama, en fin, de aburguesados berlineses aficionados a la filatelia se habían congregado en la Hohenstraufenplate, deseoso, cada cual, de aumentar en un ejemplar, al menos, su preciada colección.

—Vendo la última serie del Pakistán.

—Cambio sellos de Alemania por sellos de Francia.

Los comerciantes se iban mezclando con los aficionados. Algunas veces, en aquellas reuniones domingueras, salían buenos negocios.

De repente, el constante ir y venir, el deambular incierto de cada uno de los congregados se sustituyó por un arremolinamiento; un grupo compacto se fue cerrando en torno a dos individuos.

—¿Por cuánto me vende usted este «Victoria» de Inglaterra?

—Quince mil marcos —el comerciante temblaba de emoción al contestar:

«Mein Gott!» —se decía—. ¡Menudo negocio si el señor alto del sombrero calado y la gabardina con el cuello alzado aceptaba!

—Me parece un poco caro; tiene un defecto en el dentado de la izquierda.

—No es raro, señor. Mire usted el catálogo; está marcado en dieciocho mil marcos. Es una ganga, una verdadera ganga.

«Mein Gott», Dios mío, que no se arrepienta, que no se arrepienta, murmuraba el vendedor gordiflón.

Los asistentes contemplaban interesados la escena. Pocas veces se realizaban operaciones de tal envergadura en el mercado al aire libre.

—Le doy doce mil.

—No puede ser, caballero; me ha costado a mi trece mil. Vaya, dejémoslo en catorce mil. ¿De acuerdo, «mein Herr»?

—De acuerdo. ¡Ah, me olvidaba! No tengo marcos.

—Entonces... —La cara del comerciante mostró gran decepción.

—Si quiere usted dólares, le pagaría a buen cambio.

—Conforme, caballero.

Fácilmente llegaron a un convenio sobre el tipo de cambio de moneda.

El elegante señor del sombrero calado tomó en sus manos el valioso ejemplar y, después de examinarlo con mirada de experto, procedió a guardarlo cuidadosamente dentro de un sobrecito de papel transparente, que colocó en su cartera. Después extrajo de la misma un fajo de billetes.

—Cien, doscientos, trescientos... —fue contando, al tiempo que entregaba, billete a billete, la cantidad estipulada.

El comerciante no cabía en sí de gozo. ¡Magnífico negocio! En realidad, el sello vendido no valía más allá de los nueve mil francos.

Al fin terminó de contar el comprador.

—¿Conforme?

—Completamente, «mein Herr». Será para mí un placer verle en mi establecimiento —agregó el comerciante, a la vez que le entregaba una tarjeta.

—Cualquier día pasaré por allí a ver si tiene usted algo de interés. «Guten Tag» —dijo, como despedida.

—¡Buen negocio, Erdwin!

—¡No has perdido la mañana, hombre de suerte!

Los amigos jaleaban a su afortunado compañero. El comerciante, todo feliz, contaba, recreándose en ello, los billetes, nuevecitos, que acababa de recibir.

—Vaya suerte, Erdwin, ¡en dólares! Tipos así de espléndidos se presentan pocas veces en esta vida. ¡Por lo menos, convidarás a una cerveza!

El comerciante no contestó; iba palideciendo por instantes; su sonrisa de felicidad había desaparecido y las manos con que sujetaban los billetes le temblaban. Trataba de hablar, sin conseguirlo. Por fin lo logró.

—¡Fal... son falsos! —dijo, con voz sollozante—. ¡Mirad, son falsos!

—La multitud, atónita, no salía de su asombro. ¡Falsos! ¡Un caballero tan elegante!

—Vamos, Erdwin, tranquilízate, recuperaremos tu sello.

—¡Allí va! —gritó otro de los concurrentes.

—¡A él, a él!

La multitud se lanzó en persecución del hombre, que en aquel momento doblaba la esquina.

—¡Detente, sinvergüenza!

Cuatro o cinco individuos jóvenes se destacaron del grupo e iban ganando terreno al perseguido.

Éste, que corría menos de lo que su fuerte complexión hacía suponer, se detuvo.

—Atrás —dijo. En su mano sostenía una pistola. Hizo varios disparos al aire—. ¡Atrás, o dispararé sobre vosotros!

En aquel momento, atraídos —era de suponer— por el ruido de los disparos y la algarabía de la multitud, aparecieron varios policías.

—¡Alto!

El hombre del sombrero calado, en lugar de obedecer, se parapetó tras una esquina. Disparó varias veces. La Policía repelió la agresión. Por el momento no había víctimas.

—¡Bandido, devuelve el sello! —clamaba el gentío, que, aprovechando el silencio de las armas, se disponía de nuevo a avanzar.

—Atrás todos —ordenó la Policía.

El perseguido aprovechó la coyuntura para reanudar la huida. Los agentes se lanzaron en su persecución.

—¡Detente o hacemos fuego!

Por toda respuesta, el aludido descargó su pistola; las balas fueron todas muy altas. Las metralletas de los policías alemanes vomitaron plomo. La multitud, asustada, comenzó a desbandarse. Poco a poco, sus filas iban clareándose hasta que, finalmente, sólo quedaron Erdwin y dos o tres de sus más íntimos amigos.

—¡Señores policías: recuperen mi sello, por favor! —El defraudado vendedor estaba pasando unos momentos de angustia.

Los agentes iniciaron una maniobra de envolvimiento. Sin que él pudiera precisar cómo el hombre del sombrero calado se encontró rodeado por todas partes, en un callejón sin salida.

—¡Ríndete!

Por toda contestación, varios disparos. Las metralletas de la

Policía reanudaron el fuego. La pistola contestaba. Poco a poco, el cerco se iba estrechando. Los agentes avanzaban aprovechando los instantes en los que el acorralado tenía que cargar su arma.

Nuevamente, disparos. Las puertas y ventanas habían sido cerradas. Ni un alma por los alrededores.

—¡Ríndete!

Esta vez, el perseguido no respondió a tiros. Los agentes se fueron acercando. Por fin, una pistola cayó al suelo. El hombre del sombrero calado salió del quicio del portal en que se había refugiado, con las manos en alto.

—Me entrego.

—Así es mejor.

El comerciante y los pocos amigos que con él quedaban se sintieron aliviados.

—¡Vaya suerte —dijo uno de ellos—: ni una baja!

—Y el tipo es de abrigo —agregó otro—. Seguro que no se ha rendido hasta que ha quedado sin una sola bala.

Al día siguiente, toda la Prensa publicaba la noticia a grandes titulares. «Espectacular persecución de un peligroso falsificador por las calles de Berlín», rezaba la cabecera a toda plana del «Berliner Zeitung». «Tiroteo en las calles», «“Gangsterismo” en Berlín», eran los encabezamientos de otros periódicos.

Días más tarde, los mismos diarios daban cuenta del resultado del proceso: «Dieciocho años y un día para el falsificador de la Hohenstaufenplatz».

Y así fue cómo Roland Hunt, el hombre del sombrero calado y el cuello de la gabardina alzado, ingresó en prisión.

«Utilizaremos la astucia», había dicho el agente del F. B. I.

a Sarah Fhiel, y ya estaba en plena ejecución su estratagema.

Hunt fue instalado en la celda que hacía diez años ocupaba Alpentiríades, un hombretón de treinta y tantos años, griego de nacionalidad, que había matado a su mujer en un acceso de cólera. El tal recluso, cansado, sin duda, de soledad, acogió favorablemente al nuevo huésped.

—Me llamo Alpentiríades —dijo, tendiendo la mano a Roland. Éste se la estrechó en silencio—. Y tú, ¿cómo te llamas? —agregó.

—¿No lo ves? —respondió Hunt, desabridamente—. Me llamo

seis mil uno —agregó, al tiempo que señalaba el número marcado en su uniforme de preso.

Pasaron algunos días y el agente del

F. B. I.

fue haciéndose conocido y temido por los demás. Organizaba frecuentes altercados y, poco a poco, fue alcanzando una jefatura moral entre sus «compañeros». Alpentiríades presumía de amistad con el violento falsificador. Aquella mañana estaban haciendo ejercicio en el patio de la prisión. Uno de los reclusos se aproximó a otro y comenzaron a cuchichear quedamente.

—Escucha, «Rana» —decía el primero—: ya lo tengo preparado.

—¿Tienes ya las limas, «Besugo»?

—Sí; toma la tuya. Rápido, ahora que no mira el «bofia».

«El Besugo» hizo desaparecer el instrumento entre sus ropajes como por arte de magia.

—Entonces, ¿cuándo? —preguntó a su compañero.

—Luego. A la hora de comer. Tú te lanzarás sobre el «poli» del pasillo mientras limo la cerradura de la puerta lateral. Después...

—¿Crees que soy tonto? —interrumpió «el Besugo». Cuando estés arriba, te largas con ayuda de los muchachos y hago de víctima propiciatoria. ¡Ni hablar de eso, compadre! Lo haremos al revés.

—Se hará como yo digo —insistió «el Rana».

—¡No soy imbécil, grandísimo cretino!

—¡Te voy a enseñar modales! —«El Rana» se abalanzó sobre su compañero, derribándolo al suelo.

—¡Ahora verás, sucia culebra!

«El Besugo» había extraído la lima que momentos antes le entregara el otro y, con ella, trató de herir al «Rana». Éste sacó también su instrumento y se organizó una feroz lucha entre quienes momentos antes eran buenos camaradas.

—¡Te mataré!

«El Rana» logró herir a su amigo.

—¡Traidor, asqueroso! —chillaba «el Besugo», que apenas podía hablar de rabia y furor al ver la sangre que manaba de su hombro derecho.

Los demás reclusos habían formado corro, entorpeciendo la intervención de los vigilantes e incitando a los combatientes en

lugar de separarlos.

—¡Que te mato!

—¡Traidor, ahora verás!

Los dos contendientes habían caído a tierra. Ambos estaban heridos varias veces y perdían fuerzas por instantes. Se debilitaban; sus energías escapaban con la sangre, que manaba en gran cantidad de sus múltiples heridas.

—¡Traidor!

«El Rana», haciendo un esfuerzo, clavó, una vez más, la herramienta en el cuerpo del «Besugo».

—¡Asesi...! —La debilidad impidió a aquél terminar el epíteto; sin embargo, se incorporó hasta alcanzar a su enemigo.

Ninguno de los dos hablaba ya; pero, de cuando en cuando, con torpes movimientos, volvían a agredir al contrario, que ya no se defendía. Toda la escena se había desarrollado en un breve espacio de tiempo; en aquel momento pudieron intervenir los guardianes. Pero ya no había nada que hacer. «El Rana» era cadáver, «el Besugo» estaba agonizando.

—¡Allí, Jimmie! —Un vigilante dio la voz de alarma, señalando a un recluso que, aprovechando el barullo, estaba tratando de huir.

—¡Es el seis mil uno! —exclamó alguien.

—¡Vamos, compadre, escapa! —Alpentiríades, el asesino, incitaba a huir a su amigo de celda.

Hunt topó con un guardián, sobre el que se abalanzó antes de que éste, que no sospechaba la verdadera personalidad del agresor, usase las armas. El vigilante dio a Hunt un terrible rechazazo que le hizo tambalearse. Roland, rehaciéndose, volteó por los aires a su contrario y, después, desapareció por una esquina, en el momento justo en que una ráfaga de ametralladora le perseguía.

—¡Bravo, seis mil uno, escapa!

Alpentiríades se sentía gozoso siempre que alguien lograba burlar a la Policía.

Hunt, una vez desapareció de la vista de los reclusos, se detuvo. Varios agentes, con las armas en la mano, se aproximaron.

—Llévenme al despacho del director —solicitó.

No precisó insistir, pues en aquel instante llegó un policía.

—El señor director quiere verle —dijo.

Hunt fue conducido a presencia del mismo.

—Se ha jugado usted la vida, señor Hunt —le dijo, cuando hubieron quedado solos los dos.

—No hay más remedio que aprovechar todas las ocasiones para hacerse notar —comentó Roland.

El director marchó a atender al caso del «Rana» y del «Besugo» y Hunt fue devuelto a su celda.

—¡Eres un «jabato», compadre!

Alpentiríades se mostró muy apesadumbrado de que la fuga no hubiese tenido éxito.

Sin embargo, Hunt había logrado lo que se propusiera. A la mañana siguiente, un individuo de cabello rojo, con gafas montadas en un grueso marco de concha y ligeramente giboso, leía con interés la información que del suceso daba el «Berliner Zeitung».

«Roland Befardo —decía el periódico— intentó huir de la cárcel aprovechando el tumulto organizado por dos reclusos. El peligroso falsificador, reclamado por la Policía de varios países de Europa por haber puesto en circulación moneda falsa por valor de muchos millones de dólares, estuvo a punto de lograr su intento, pues audazmente se lanzó hacia el patio de coches después de dejar “K. O.” a un agente».

—¿Has oído hablar alguna vez de este tipo, Mog? —interrogó el hombre del cabello rojo al individuo que en la habitación de al lado, con las piernas cruzadas sobre una mesa, se dedicaba a pasar el tiempo.

—No, señor Patulengro —respondió, sin quitarse la colilla, que le colgaba de los labios.

—Parece todo un hombre.

—Sí, jefe; es un «duro».

—Hombres así necesitamos; después de la escabechina de la granja La Serpiente de Eva, andamos muy escasos de ellos. Habremos de hacer algo por él, «Colillas».

—Sí, señor Patulengro.

Y algo hicieron por él. El jueves era día de visita. Alpentiríades y Hunt descansaban en sus respectivos catres.

—Dime, seis mil uno, o Befardo, o como quiera que te llames: ¿cómo te hiciste la cicatriz de la frente?

Hunt no respondió. Estaba pensando, tratando de concentrarse en los detalles del caso que traía entre manos sin lograrlo, pues,

periódicamente, un pensamiento exterior se entremetía, haciéndole olvidar todo lo demás...: aquella muchacha, Sarah, era bellísima.

—¿No puedes contestar, seis mil uno?

Hunt no tuvo necesidad de responder.

—Befardo, tienes visita. Andando.

El agente siguió tras Roland, que se puso rápidamente en pie.

Tras el cristal que le separaba de su visitante, Hunt charló durante un rato con un hombre mal afeitado, que dijo llamarse Peipus.

—Entonces, mañana, Befardo.

—De acuerdo, Peipus.

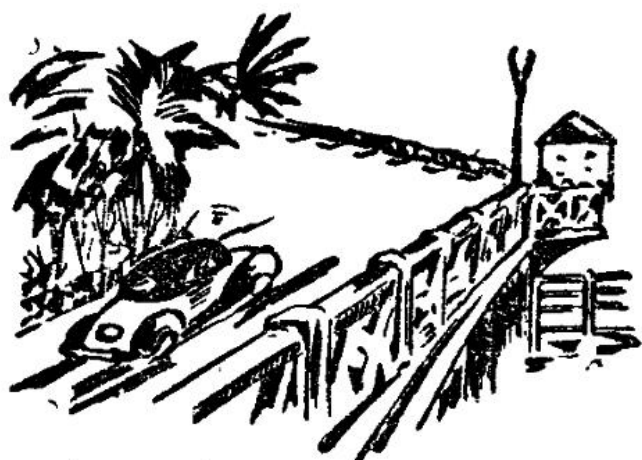
Hunt regresó contento. Su plan había tenido éxito; por fin, al día siguiente, saldría de aquella ingrata jaula, entraría en contacto con Patulengro y... podría hacer una visita a Sarah. El éxito estaba en sus manos. El

F. B. I.,

como siempre, vencería y, respecto a la señorita Fhiel, quizá aceptase colocar un anillo en su encantadora mano...

Hunt estaba contento.

—Te voy a contar la historia de mi cicatriz —dijo a Alpentiríades, una vez en la celda. Fue luchando con la «Poli»...



PADRES:

¡LO MEJOR DE LO MEJOR
PARA LA JUVENTUD IBEROAMERICANA!
EN LOS MEJORES QUIOSCOS DE ESPAÑA

V



UNT o Befardo, como era conocido en la prisión, tuvo una entrevista con el director de la cárcel antes de regresar a su celda. De este modo, no habría dificultades para la «fuga». La mayor preocupación de Roland se la causaba el individuo aquel de la colilla con quien luchara en presencia de Sarah; si venía a colaborar en la huida o se topaba con él antes de llegar a Patulengro, todo estaría perdido y habría que comenzar de nuevo. El curso de los pensamientos de Hunt fue interrumpido por Alpentiríades:

«Vuela, vuela, palomita;
vuela, vuela al palomar...»

El griego gustaba de matar las horas cantando el estribillo de aquella vieja canción que estuvo de moda cuando él aún era un hombre libre.

—«Vuela, vuela...» —Alpentiríades se interrumpió; se oían los pasos de varias personas que se aproximaban—. ¿Qué será? —preguntó, volviéndose hacia Hunt.

—Ya lo verás.

El heleno enarcó las cejas, tratando de pensar. Algo insólito ocurría, sin duda.

—Seis mil uno, estos señores desean verte —dijo un guardián, al tiempo que abría la puerta de la celda.

Dos caballeros, con uniformes militares británicos, penetraron una vez que la entrada quedó franca.

—Espérenos fuera, vigilante —ordenó el que ostentaba mayor graduación.

El aludido, obedeciendo, salió de la celda.

—¿Befardo? —inquirió uno de los supuestos militares.

—Sí, yo —respondió Hunt.

Sin una palabra más, el que hiciera la pregunta, comenzó a quitarse el uniforme. Según iba despojándose de las prendas, se las iba entregando a Hunt.

—Póntelas —dijo, al fin— y dame ese encantador modelo —se refería al traje de presidiario que ostentaba Roland.

Alpentiríades consideró llegado el momento de intervenir. Su romo cerebro había alcanzado a comprender la verdad.

—¡Eh, un momento! —dijo—. Mira, compadre —agregó, dirigiéndose a Hunt—, si tú te largas, yo me voy contigo.

—Es imposible, Alpentiríades; de ese modo no lograríamos salir ninguno.

—No hay nada que hacer, seis mil uno; si tú te largas, yo me voy contigo —repitió.

—Sería una locura, hombre. Apenas te faltan dos años para terminar la condena; después saldrás libremente y te podrás convertir en un ciudadano honrado. Si huyes ahora, serás, toda tu vida, un perseguido.

El heleno no atendía a razones. Hunt no había contado con esta complicación.

—Tú —dijo Alpentiríades al individuo que aún conservaba su

uniforme—: ya me estás dando tus ropas o armo la escandalera.

Fue inútil tratar de convencerle; por otra parte, Hunt no tuvo que decidir, ya que lo hicieron los demás por él.

—Dáselo —dijo el que acababa de permutar sus ropas por las de Roland.

Unos momentos más tarde, Alpentiríades estaba convertido en un flamante militar.

—Vamos —dijo Hunt.

Así fue cómo dos militares entraron en la celda y dos militares salieron de la misma. El vigilante cerró con llave.

—¡Parece que tenéis sueño! —dijo, irónicamente, a los dos presos, que estaban tumbados, boca abajo, en sus respectivos catres.

Roland y el griego se encaminaron a la salida; al final del pasillo, un guardián les franqueó la entrada.

—A. la orden, señores —dijo.

Alpentiríades, con una seriedad que en otras circunstancias hubiese resultado cómica, se llevó la mano a la gorra, saludando militarmente. Bajaron las escaleras, saliendo al patio de la prisión.

—Veinte pasos, y la libertad —musitó Alpentiríades.

Arriba, los vigilantes, con las «Thompson» listas. Al griego le flaqueaban las piernas. ¿Qué pasaría si se descubría el engaño? Gruesos goterones de sudor cubrieron el rostro de Alpentiríades. Apenas podía disimular. Miraba hacia arriba, en dirección a las ametralladoras, que atraían su vista como los imanes al hierro.

—Calma, hombre, serenidad.

Hunt se encontraba en un grave aprieto. No había previsto tal complicación. Estaba ayudando a escapar a un asesino, si bien sabía que el griego no llegaría muy lejos; lo más probable es que lo detuvieran enseguida. De todos modos, no había más remedio que seguir adelante. Era un servicio. El

F. B. I.

había sido desafiado, había muertos por medio... y una encantadora mujer.

Acabaron de cruzar el patio. Frente a ellos se alzaba la gran barrera: la puerta de sólidos barrotes de hierro, que Alpentiríades había cruzado tantas veces con la imaginación. Entre ellos y la libertad, muy pocas yardas. Y tres hombres muy bien armados.

—Escucha, seis mil uno, si alguien nos habla en inglés estamos

perdidos —el valor del heleno se desmoronaba en el instante supremo—. Yo solo, sé hablar el griego y mal me defiende en alemán.

—Aún estás a tiempo de volverte.

Hunt vió un rayo de esperanza; regresarían a la celda, encerraría al presidiario y saldría de nuevo con uno de los individuos que allí quedaron en su sustitución.

—No, seis mil uno; ahora o nunca.

—Sigamos, pues. Tú no hables para nada.

Hunt se prometió devolver, él mismo, el griego a la prisión.

Ya estaban junto a la entrada. Roland habló en correcto alemán:

—Ya hemos terminado, sargento. ¿Quiere abrírnos?

—A la orden, señor. Mackie —dijo el aludido—: abre.

El griego estaba palidísimo. Al lado de Hunt y casi sin saber lo que hacía, transpuso el umbral de la cárcel.

¡Aire libre! Hacía diez años que entró en la penitenciaría.

El sargento de la guardia se volvió repentinamente, mirando hacia las dos sombras que se esfumaban entre la niebla de aquel atardecer.

—Mackie —dijo—; las órdenes eran que no nos fijáramos en la identidad de uno de los militares, pero nada se nos dijo en cuanto al otro... Vamos, Mackie —agregó, reaccionando—. ¡La señal de alarma! Ocurre algo anormal.

Sonaren las sirenas potentemente, mientras la noche brumosa, oscura, desagradable, se cerraba por instantes.

—¡Nos han descubierto, seis mil uno; nos han descubierto! Huyamos.

Hunt sabía que a unas yardas le esperaba un coche, una «limousine» verde, ante cuyo volante, según le prometieron el día anterior, estaría Peipus. Pero el griego era un problema. El propio interesado lo resolvió.

—Separémonos, compadre —dijo Alpentiríades—. Así tendremos más probabilidades de darles esquinazo.

Los grandes, reflectores de la prisión rompían a ráfagas la impenetrable oscuridad de aquella noche hosca.

Peipus esperaba, tranquilamente, en el confortable interior del coche. De repente sonó el prolongado gemido de las sirenas. Peipus, de un brinco, descendió de la «limousine».

«Algo ha fallado», se dijo.

En aquel momento, el coche quedó potentemente iluminado por un reflector.

—¡Allí!

Un grupo de guardias de la prisión se lanzó hacia el automóvil verde.

Peipus, corriendo a toda velocidad, abandonó la carretera, internándose en los próximos arbustos. En su mano empuñaba una metralleta. Otras varias habían quedado en el automóvil.

Toda la guardia de la penitenciaría se estaba desplegando en abanico.

—En cuanto descubran a Alpentiríades, tiren a dar —había ordenado el director de la prisión.

Sabía que con esta disposición ponía la vida de Hunt en peligro, pero no había más remedio. Él había accedido a colaborar con la Policía, pero su primera obligación era evitar las fugas. Y un asesino andaba suelto por los alrededores.

Alpentiríades, en los primeros momentos, presa del pánico, inició una loca carrera. Después, serenándose, se acurrucó en una hondonada del terreno. Tenía que pensar, y ello le costaba mucho trabajo. A lo lejos, las luces de la ciudad lograban romper, de cuando en cuando, la negrura de la noche. En aquel momento comenzó a llover.

Alpentiríades había descubierto el coche; también vió al grupo de agentes que al mismo se dirigía y comprobó que él se encontraba mucho más cerca. Comenzó a correr con todas las fuerzas que le prestaba el miedo; si le cogían, no volvería a salir del penal en toda su vida. Llegó junto a la «limousine». Con un ansia frenética trató de ponerla en marcha.

¡Maldición! El motor estaba frío. Con rabia incontenida se iba a apeaar, cuando su mirada se fijó en el asiento posterior.

—¡Armas! —exclamó.

Un instante después, el coche era abandonado por un individuo ataviado con un uniforme militar y con una «Nelly» en la mano. Una ráfaga de plomo se incrustó en la «limousine» en el instante en que Alpentiríades desaparecía entre un grupo de arbustos.

—¡Maldita «bofia»!

No cabía duda que la Policía no gozaba de las simpatías del

griego.

Hunt, después de separarse del griego, se había detenido. Avanzar significaba ser blanco de los vigilantes; así, pues, decidió esperar. No quería entregarse; por el contrario, tenía que localizar al Peipus, que era el único eslabón hacia Patulengro, el asesino.

Súbitamente quedó iluminado por un reflector. Sus pantalones quedaron salpicados por el barro de las balas que le persiguieron. Tiraban bien aquellos hombres. Hunt corrió hasta perderse en las sombras. Había que continuar la comedia, aun con riesgo de la vida. No en balde era un agente del

F. B. I.

En aquel momento sonaron varias sirenas por la carretera. ¡Llegaban refuerzos de la Policía!

—¡Al coche, Mackie!

El sargento de la puerta y su compañero se lanzaron hacia el vehículo.

—¡Cuidado, sargento!

El aviso llegó tarde. La «Kelly» de Alpentiríades había escupido plomo. El bravo funcionario, después de dar varios traspiés, cayó a tierra para no levantarse más.

Mackie hizo fuego en la dirección de la que provenían los fogonazos. Volvió a disparar. Una ráfaga tras otra. Estaba loco de rabia por la muerte de su sargento y amigo. Se lanzó hacia delante.

—¡Maldito, asesino, te ajustaré las cuentas!

Pero Mackie no se las ajustó. Sintió un punzante dolor en la espalda; después, otro y otro... Se le nubló la vista, comenzaba a perder el sentido del equilibrio. Finalmente, quedó tendido boca abajo. La ráfaga traidora de Peipus había acabado con él.

Alpentiríades corría ahora, ascendiendo por una colina.

«He de llegar al “bunker”», se decía.

En efecto, en lo alto del montículo se hallaba una casamata, que otrora fue testigo de la gran batalla de Berlín.

Él griego subía haciendo eses, burlando las ráfagas de ametralladora, que le perseguían y que siempre llegaban tarde.

Hunt, desde su improvisado refugio, contemplaba la, escena. Aprovechando que la atención general estaba centrada en la colina, comenzó un rodeo hacia el coche; allí estaría, seguramente, Peipus, el enlace hacia Patulengro.

—Vamos, compadre, ya estamos cerca —el heleno hablaba solo.

—¡Allí! ¡Fuego! —exclamó un agente.

Las ráfagas de ametralladora se cruzaron en aquella dirección. Alpentiríades, de un salto, logró salirse del haz luminoso que lo descubriera. Dio un alarido. La sangre brotó de su pierna izquierda.

«Vamos, compadre, quedan muy pocas yardas», se animaba el heleno.

Y con un esfuerzo de voluntad lo logró.

«¡Al fin!», se dijo.

Se tendió dentó del «bunker». ¡Cómo le dolía la pierna! No importaba. ¡Resistir, resistir! Ésa era su obsesión. Quizá el 6001 viniera en su ayuda.

Los agentes escalaban la colina. Los disparos habían cesado. Súbitamente, el silencio fue roto de nuevo. El plomo ascendió de abajo, arriba y un agente mordió el polvo. Después, otro, otro...; ya eran media docena.

—¡Buena jugada! —aulló Peipus, satisfecho de su hazaña.

Alpentiríades, animado por la ayuda que le llegaba de abajo, abrió el fuego.

La Policía inició, una retirada. Las bajas habían sido ya demasiado numerosas.

—¡Ahí está uno!

Hunt tuvo que lanzarse a tierra para salvar la vida. Después disparó contra el reflector que lo pusiera en evidencia. Varios agentes lo perseguían. Por fin consiguió burlarlos. Gracias a la oscuridad de la noche y a la lluvia torrencial, la caza era extremadamente difícil, casi imposible.

—Avanzaremos en círculo —ordenó el jefe que dirigía la operación policial—. Al fin y al cabo, es un hombre solo, que no podrá atender a todas partes.

Varios agentes hablan colocado adecuadamente los reflectores. En un momento dado, todos se iluminaron, enfocando, concéntricamente, el «bunker» donde se había refugiado el fugitivo.

—¡Maldición! —exclamó el griego.

Alpentiríades, deslumbrado por la potentísima luz, no podía ver nada de lo que hacían sus enemigos. Era como si se hubiese quedado ciego.

En tanto, Hunt continuó su avance. De repente, alguien se

abalanzó sobre su espalda, derribándolo. Se inició una sorda lucha en medio de las tinieblas. Al fin, el agente del

F. B. I.

dominó a su enemigo.

—¡Cochino policía! —bramó éste.

Hunt reconoció la voz.

—¡Peipus! —exclamó.

—¡Befardo! ¿Eres tú? ¡Te creía en el «bunker»!

—No; allí se ha refugiado otro tipo, que aprovechó mi fuga para escapar. Vámonos.

Ambos avanzaron lentamente, reptando entre el lodo y el agua que anegaba todo el terreno.

Alpentiríades disparaba sin cesar, como un loco, sin saber adónde. De cuando en cuando, las exclamaciones de dolor de los agentes demostraban que daba en el blanco. ¡Dura profesión la de los que velaban por la justicia!

—Por aquí, Befardo.

Poco a poco, Peipus y Roland se iban acercando a la «limousine», que estaba abandonada.

—¡Cuidado! —exclamó Peipus, arrojándose al suelo.

Dos agentes pasaron a pocos metros de Hunt y su «amigo». Peipus, inesperadamente, hizo fuego.

—¡Quieto, loco!

El agente del

F. B. I.

se abalanzó sobre Peipus, desviándole el arma. Hunt acababa de salvar la vida a dos agentes.

Mientras tanto, la fuerza policial se aproximaba a la casamata. Alpentiríades presentaba un estado deplorable. Herido varias veces, disparaba y disparaba sin cesar. Por un instante callaron las armas. Todos los partícipes del drama pudieron escuchar el canturreo que provenía del interior del «bunker»:

«Vuela, vuela, palomita;
vuela, vuela al palomar...»

Si hubiesen podido ver la faz de Alpentiríades, su mirada extraviada y sus ademanes de demente, hubieran comprendido. El griego había perdido la razón.

La metralleta del fugitivo rompió el silencio. De nuevo se generalizó el fuego. En los pequeños intervalos de silencio se oía momentáneamente la interminable cantilena:

«Vuela, vuela, palomita...»

—Lanzad las granadas —ordenó el teniente Ladsmann.

Les agentes se encontraban a pocas yardas de la casamata. Estalló una bomba de mano. Durante los breves instantes que duró la iluminación producida por la explosión, se pudo contemplar un espectáculo terrorífico. Alpentiríades salía del «bunker» con los brazos en alto y dando alaridos. Estalló una segunda granada: El griego corría hacia sus enemigos. De repente, se echó la metralleta a la cara. Disparó. Una ráfaga de plomo alcanzó al teniente Ladsmann, que avanzaba el primero, al frente de sus hombres.

—¡Fue... go! —dijo, trabajosamente, antes de quedar exánime.

Por un instante pudo escucharse:

«Vuela, vuela, palomita...»

El canturreo fue interrumpido por el trepidar de las ametralladoras. Unos segundos después, la Policía alcanzó el cuerpo, exánime, acribillado, de Alpentiríades, el griego.

Los últimos disparos ocultaron el ruido que hacía un motor al ponerse en marcha. Cuando se dieron cuenta, ya era tarde. La «limousine» verde se perdía en la lejanía, camino¹ del centro de la ciudad.

En el interior del coche, Peipus conducía. Junto a él un hombre con una cicatriz de color escarlata en la frente.

«Más muertes a tu cargo, Patulengro —iba pensando Hunt—. Rendirás cuentas ante el
F. B. I.».

COLECCIONAD

IEQUE BLANCO

¡Otra serie de cuadernos de magníficos dibujos
y de argumentos emocionantes!

VI



ante un viejo caserón.

—Siéntate donde puedas —dijo Peipus, indicando las dos únicas y desvencijadas sillas que había en la habitación—. Ahora vuelvo —agregó, dejando a Hunt solo en el mismo sitio en que en otra ocasión fuera maltratado el profesor Fhiel.

El uniforme de Roland presentaba un aspecto lamentable: empapado, roto.

—Aquí tienes —dijo Peipus, regresando con dos trajes en la mano—. Ponte esto.

Como invitando a Hunt, quien no se hizo rogar, Peipus también comenzó a cambiarse de ropa.

Terminada la operación, el bandido invitó a Hunt a pasar a otro cuarto, en el que había un teléfono. Cuando Peipus fue a marcar un

número, Hunt maniobró hábilmente para poder ver cuál era éste. Sin embargo, la estratagema no pasó inadvertida para el falsificador, que interpuso sus espaldas entre el aparato y el agente del

F. B. I.

—Aquí, Peipus, jefe.

—...

—Sí, jefe; todo salió bien.

—...

—De acuerdo, jefe.

Una vez concluida la conversación, Peipus dijo a Hunt:

—Oportunamente serás recibido por el jefe. Recibirás el aviso dirigido a B. seis mil uno. Lista de Correos. Oficina Central.

Media hora más tarde, el agente del

F. B. I.

descansaba, por primera vez en muchos días, en un cómodo lecho. Se levantó ya bien entrada la mañana. El sol iluminaba las calles de Berlín, en contraste con el temporal de la noche anterior. Roland estaba de buen humor. Veía cómo se aproximaba el desenlace.

—Entonces, a las siete en la esquina de la bombonería de «Sarotti», en la «Joachimstalstrasse». Hasta luego, señorita Fhiel.

Así concluyó Hunt una conversación telefónica. Y a las siete menos cuarto estaba ya ante «Sarotti», el lugar de moda, donde se daba cita el Berlín elegante. Comenzó a pasear arriba y abajo. A medida que se acercaba la hora, Roland estaba más impaciente. En aquel momento no era el inflexible agente del

F. B. I.,

no era el implacable perseguidor de criminales, era... un hombre enamorado que se disponía a hacer una proposición trascendental a la mujer más bonita, al menos para él.

Hunt miró su reloj: las siete menos dos minutos. Paseó de nuevo arriba y abajo; las siete y cuarto. Comenzó a impacientarse. ¡No esperaría mucho más! A las siete y media su impaciencia se convirtió en inquietud. ¿Ocurriría algo? A las ocho menos diez había tomado una decisión. Vió pasar un «taxi» cerca.

—«Taxi» —llamó.

Una vez instalado en el coche dio la dirección del profesor Fhiel.

—Vaya rápido.

El coche, después de deslizarse por la Postdammerstrasse se internó en una serie de callejuelas, deteniéndose, al fin, ante una villa casi aislada.

—Espere —ordenó Hunt, al tiempo que se apeaba.

Casi corriendo se aproximó a la entrada. Llamó al timbre y casi al instante comprobó que la puerta estaba tan sólo entornada. No esperó a que acudiera alguien. De un empujón abrió de par en par. Inmediatamente comprobó que algo anormal sucedía: la radio estaba funcionando. Subió al piso superior.

—¡Señorita Fhiel, señorita Fhiel!

Nadie contestó a sus llamadas. Registró varias habitaciones, hallándolas completamente vacías. Por fin llegó ante la que, indudablemente, servía de dormitorio a Sarah. Llamó con los nudillos.

—¡Señorita Fhiel!

Silencio. A Hunt no le agradaba entrar en su cuarto. Sin embargo, no vaciló más. Abrió la puerta...

—¡Increíble!

La exclamación escapó de su boca al contemplar el estado de la habitación. Las sillas, por el suelo; la ropa, caída; la luna del armario, destrozada, eran pruebas de que se había sostenido una lucha allí.

Hunt buscó largo rato una pista. Se trataba, sin duda, de un secuestro. Pasó al cuarto tocador. La puerta, que había sido cerrada por dentro, presentaba muestras de haber sido forzada con una palanqueta o instrumento parecido.

Ya desesperaba Roland de encontrar ningún indicio, cuando se fijó en el espejo colocado completamente torcido, tanto, que tenía que haber sido hecho a propósito. Lo colocó bien, y al separarlo de la pared para realizar la operación, algo cayó al suelo. Un papelito, y en el mismo, una sola palabra escrita con el lápiz de carmín de los labios:

«Talkenwein».

—Sin duda —musitó Hunt—. Sarah oyó que la iban a llevar a aquel lugar y me ha dejado esta nota pensando que yo la encontraría. ¡Por poco no me muestro menos inteligente que ella!

Hunt abandonó la casa.

—Al «Talkenwein» —dijo al «taxista», dándole la dirección del

cafetucho.

Unos minutos más tarde, Roland entraba en el tugurio. El ambiente era tan hediondo como de costumbre. La muerte del dueño no había cambiado mucho las cosas. Ahora lo regentaba «Karmen», que, con el ascenso, había adquirido mayores aires de vampiresa. Para que bailase, en su lugar, había contratado a Emma, una corista de la Ópera de Berlín, que había perdido su empleo a la vez que su juventud. En aquel momento interpretaba «Wilhelmina», la canción de moda.

Hunt ocupó una mesa. En la más próxima a la suya, reconoció a dos antiguos conocidos. Demostrando muy poca originalidad, estaban discutiendo.

—¡No seas cabezota, viejo gordo! —Me toca mover a mí.

—¡El de la cabeza grande eres tú, Poltzi! Ahora nuevo yo este peón, porque antes me has comido tú el caballo.

—¡Nada de eso, «mein Gott»! ¡Qué burro es este gordo! —Kraus descargaba fuertes puñetazos sobre la mesa, amenazando con organizar uno de sus habituales altercados.

La partida de ajedrez discurría así, plácidamente.

«Karmen», con ademanes lánguidos, previamente ensayados, fumaba en una boquilla descomunadamente larga.

Hunt, alerta con los cinco sentidos, buscaba sin encontrarlo algún indicio de Sarah.

—«Wilhelmina»... —El público comenzó a corear a la talludita artista.

El agente del

F. B. I.

se levantó. Lentamente, apartando a la gente, atravesó la sala. Después, con paso rápido y pasando inadvertido se dirigió al cuartucho reservado en el que, días atrás, tuvo una escena con el dueño del «Talkenwein», con el hombrecillo de las barbas negras. Si Hunt esperaba encontrar rastro de la señorita Fhiel, quedó defraudado; la habitación estaba desierta.

Regresó al salón, dispuesto a esperar. La atmósfera estaba cada vez más enrarecida. La cerveza consumida iba haciendo su efecto y el optimismo del público crecía por momentos. «Karmen» fumaba, indolente.

Por fin, Kraus organizó su alboroto. De un puñetazo derribó

todas las piezas que se hallaban distribuidas sobre el tablero de ajedrez.

—¿Qué has hecho, gordo Kraus?

—¡No insultes, gordo Poltzi!

—¿Por qué has estropeado el juego? Porque yo ganaba, ¿no es verdad?

—¡Eso es mentira, gordo Poltzi! ¡Ganaba yo, pero ahora vamos a cantar «Wilhelmina»! —dijo Kraus, levantándose de la mesa y entonando, todo lo desatinadamente que era posible, las primeras estrofas de la canción de moda.

Poltzi no se resignaba. Apartando al público, se fue tras su amigo.

—¡Vamos a jugar!

Mientras tanto, en el piso de arriba, Sarah Fhiel se encontraba sólidamente atada y amordazada. Junto a ella, Peipus manipulaba con unas botellas a las que estaba llenando con el líquido contenido en un bidón. Por fin terminó la operación. Colocando las botellas repletas del líquido en una cartera de mano, cuya elegancia no estaba acorde con el portador, se dispuso a salir.

—¡Adiós, morena! No me agrada que acabes así, pero órdenes son órdenes.

Peipus abandonó la habitación. Salió arrellano de la escalera, pero en lugar de bajar por la misma que le hubiera conducido a la sala del «Talkenwein», saltó por una ventana al tejado de un garaje contiguo. Desde allí bajó hasta un patio lindante con el cafetuchó. Un individuo mal afeitado y con una repugnante colilla en la boca le esperaba.

—¿La has dejado arriba, Peipus?

—Sí, Mog. Bien sujetita; no podrá escapar. ¿Por qué querrá liquidarla el jefe?

—Precaución. Bastante información ha dado ya a la «Poli». Nuestro jefe es un genio; organiza todo con precisión: a la vez que la liquidamos, borramos todo rastro de este lugar.

—Bueno, Peipus: manos a la obra.

Ambos individuos, Mog cuidando mucho de no perder su colilla, comenzaron a derramar el líquido de las botellas en diversos lugares.

En la sala todo continuaba igual. La atmósfera, un poco más

fétida; los corazones, algo más alegres, y los cerebros, menos lúcidos. Por lo demás, sin novedad.

Kraus y Poltzi habían vuelto a jugar. La animadora estropeaba alegremente un «lied». «Karmen» fumaba.

En aquel momento, Hunt se levantó, dirigiéndose hacia la propietaria. No llegó a alcanzarla. Kraus se levantó, violentamente, derribando el tablero de ajedrez.

—¡Fuego! —exclamó—. ¡Fuego!

—¡Fuego! —coreó Poltzi, que, por una vez, se mostró de acuerdo con su amigo.

El «Talkenwein» se convirtió en un pandemónium. Todos querían salir a la vez, presas de un terror pánico, logrando, de este modo, que nadie alcanzase la puerta.

«Karmen» olvidó su aire de vampiresa. Emma, la bailarina, en un ataque de histerismo cantaba «Wilhelmina». Varias personas cayeron al suelo; se organizó una baraúnda infernal.

—¡Silencio! —La autoritaria voz de Hunt surtió efecto—. ¡Serenidad! Obedezcan mis instrucciones y todo el mundo se salvará.

—¡Tiene razón el «Herr»! —exclamó Kraus, moviendo afirmativamente su cuadrada cabeza.

Hunt logró hacerse dueño de la situación e inició el salvamento. Mientras tanto, en el piso de arriba el siniestro había alcanzado ya mayores proporciones. Sarah, atada y amordazada, pugnaba, desesperadamente, por deshacerse de sus ligaduras. La atmósfera comenzaba a hacerse irrespirable. El techo se resquebrajó. Un madero cayó muy cerca de la señorita Fhiel.

Se derrumbó parte del muro inmediato a la puerta. De nuevo el terror se apoderó de la multitud y reinó otra vez la anarquía. Un pobre viejo fue arrollado por el gentío. Nadie atendió a sus gritos. Los más fuertes pisoteaban a los débiles.

Hunt iba y venía incansablemente, con el tesón que únicamente en un hombre del

F. B. I.

es de esperar, salvando gente. En aquel momento salió a la calle con un cojo en los brazos. El, como otras personas, oyó la leve voz que venía de arriba, pero únicamente Hunt la reconoció. Rápidamente volvió al Salón, que ya estaba desierto: tan sólo las víctimas del

siniestro permanecían en su interior, aquellos que ya nunca saldrían por sus propios medios.

Sarah estaba casi asfixiada; había logrado quitarse la mordaza a mordiscos y luchaba con las ligaduras que la sujetaban. Las llamas casi lamían su rostro. Estaba a punto de perder el sentido. Únicamente un supremo esfuerzo de voluntad y el convencimiento de que alguien, en el último momento, la salvaría, mantenían su energía.

Hunt, envolviendo su cabeza en la gabardina, se lanzó entre las llamas en un impulso suicida. Atravesó el salón y, un instante después, parte del techo se derrumbaba, cortándole la salida.

De repente tropezó, cayendo. Se levantó y continuó avanzando. Ahora lo hacía a ciegas, pues la humareda impedía toda visibilidad. De arriba llegó débilmente una voz:

—¡Roland!

Hunt, en medio de la catástrofe, con la vida en peligro, casi ahogado, con la vista inútil y sin alientos, se sintió feliz en aquel momento. ¡Sarah le llamaba cuando creía que iba a morir!

Siguió adelante. Ya había rebasado el cuartucho reservado y, ante él, aparecía el pie de una escalera. Llegó hasta allí tan sólo para observar que estaba inutilizable; las llamas habían hecho fácil presa en la vieja madera.

—¡Roland! —La voz llegó de nuevo, más débilmente.

Hunt se lanzó, insensatamente, escaleras arriba. A los pocos escalones la madera se hundió, y el agente del

F. B. I.

rodó hasta abajo, perdiendo todo el terreno que había ganado.

Roland miró a todos lados. ¡Tenía que llegar a Sarah! Pero ¿cómo? ¿Cómo? Se abalanzó a una ventana cercana; quizá por allí pudiese llegar arriba... Sí, en efecto; desde el patio se podía subir al tejadillo de un garaje y desde éste, ágilmente, logró asirse al alféizar de otra ventana. Un esfuerzo más, y Hunt estuvo dentro de una habitación. El humo lo invadía todo. El camino que Roland tenía ante sí estaba intransitable; verdaderamente, daba pavor la negrura que parecía tragárselo.

Hunt se desprendió de la gabardina, que estaba envuelta en llamas. Intrépidamente siguió adelante. A ciegas cruzó la habitación y supo que había llegado al otro lado cuando tropezó con la pared.

Entre tanto, una gran multitud se había estacionado ante el «Talkenwein». Los que vieron entrar a Hunt esperaban ansiosamente el resultado de la aventura. En aquel momento llegaban los bomberos. Un coche, una «limousine» verde, arrancaba de la acera de enfrente. Unas yardas más lejos, se detuvo de nuevo. Un individuo mal afeitado y con una colilla en los labios se apeó, entrando en un bar; buscó una cabina telefónica y, después de introducir la ficha correspondiente, marcó un número.

—Hecho, jefe —dijo—. El «Talkenwein» es una pira.

Dando traspiés, Hunt alcanzó una puerta; entró en la nueva habitación.

—¡Sarah! —exclamó—. ¡Sarah!

La señorita Fhiel yacía desmayada a sus pies. Había logrado desatarse las manos, pero perdió el sentido antes de lograr desasirse las ligaduras que sujetaban sus tobillos.

Hunt la tomó en sus brazos y, como un torbellino, buscó la salida. El nunca podrá contar cómo; pero, con fuerzas titánicas, con energías de verdadero superhombre, con el valor de un agente del F. B. I.,

atravesó, protegiendo con su cuerpo el de la inanimada Sarah, por medio de las llamas; de nuevo saltó por la ventana al tejado del garaje, deshaciendo el camino de ida; se internó en el salón del «Talkenwein» y, completamente cegado, dando traspiés y ardiéndole las ropas, logró alcanzar la salida.

Un «¡Hurra!» de admiración acogió su increíble hazaña. Hunt se desprendió de la chaqueta; los bomberos le ducharon con la manga, apagando así el fuego que llevaba encima.

Un periodista fotógrafo se aproximó; Hunt, medio atontado y agotado por el esfuerzo, tuvo aún energía para volverse y cubrirse el rostro con el brazo. El periodista se marchó defraudado por su fracaso. ¡Vaya humildad la del tipo!

Mucha dificultad tuvo Hunt para rehuir al público que quería prodigarle sus cuidados; sin embargo, lo logró. Una hora más tarde, después de ducharse y descansar, se sentía otro hombre. Tenía varias quemaduras, pero, afortunadamente, ninguna de importancia.

Hunt telefoneó a la clínica.

—La señorita Fhiel está fuera de peligro —le dijeron.

Roland, tranquilizado, se fue a la cama y durmió muchas horas seguidas.

Entre tanto, en un sótano, bajo las ruinas de lo que años antes fuera un buen edificio, un hombre ligeramente encorvado, con unas gafas montadas sobre un grueso marco de concha y con los cabellos completamente rojos, contemplaba la fotografía de un hombre vuelto de espaldas y con el rostro cubierto por un brazo que sostenía a una joven abatida.

—¿Quién será este tipo aguafiestas? —preguntó con aire de mal humor.

—Me gustaría echarle el guante —agregó el hombre que no necesitaba quitarse la colilla de la boca para hablar.



NIÑO:

**Ahora estás a tiempo de coleccionar
AVENTURAS DEL F. B. I.
¡MAGNIFICOS Y VALIOSOS REGALOS!**

VII



LIMB terminó de arreglarse su detonante corbata; después de calarse el sombrero, color verde, abandonó apresuradamente su habitación, saliendo a la calle. Buscó un «cab»; tenía mucha prisa.

Climb, el hombre rubio, de la corbata de colorines, era empleado del aeropuerto de Nueva York. Diariamente entraba al trabajo a las once de la mañana. Desde su domicilio al campo tardaba exactamente veintitrés minutos. Pese a ser las diez y cuarto, Climb tenía prisa, mucha prisa. Y ello porque Climb no solía ir nunca en línea recta a su punto de destino; Climb tenía que realizar antes una gestión... muy lucrativa.

—Veintiuno, Johson Street, Harlem —dijo al taxista, no bien logró instalarse en un coche de alquiler.

El aludido hizo una mueca de desagrado; no sentía ninguna simpatía por el barrio negro; nada bueno podía esperar allí.

Climb consultaba, impaciente, el reloj.

—¿Dijo el veintiuno, caballero? Entonces es aquí.

El «taxi» se detuvo. Climb se apeó, entrando en el edificio que se hallaba frente a él. Unos minutos más tarde regresó, acomodándose de nuevo en el vehículo.

—Al aeropuerto.

El «cab» arrancó de nuevo. Además de a Climb y al taxista, transportaba ahora un paquete con el que Climb bajara del 21 de Johnson Street. Eran las once menos dos minutos cuando el automóvil se detuvo ante su punto de destino.

Climb se instaló en su despacho. Otros muchos empleados pululaban de un lado a otro, desarrollando una extraordinaria actividad.

Fuera, en el campo, el rugir de los motores, el «ronronear» de las hélices.

Pasó un rato durante el cual Climb permaneció embebido en su tarea. Luego se levantó.

—¡Eh, Joe! Contesta tú si alguien pregunta por mí. Voy al campo a hacer una consulta.

—De acuerdo, Climb.

—Este Climb —comentó otro empleado cuando el aludido hubo, abandonado el despacho— todos los días tiene que darse un paseíto.

—Es joven y necesita aire puro —respondió Joe, irónicamente.

Climb se dirigió al campo de vuelo. Numerosos aparatos estaban dispuestos para partir en las pistas numeradas. Un verdadero ejército de cargadores, empleados y viajeros se desplazaban de un lugar a otro. Climb pasó inadvertido entre este gentío. Sorteando personas y aviones, llegó por fin ante un «Douglas» de transporte. En aquel momento, dos Individuos ataviados con monos bajaron del aparato, dejando la puerta abierta. Evidentemente, volverían enseguida con más mercancía. Alguien saludó a Climb.

—Hola, muchacho.

—Buenos días, Percival —a Climb le contrariaba mucho que alguien le viese en aquellos momentos.

Percival desapareció entre la gente. Climb, ágilmente, saltó al interior del avión. Con mucha rapidez avanzó hasta la cabina de los pilotos. Hurgó un momento tras los pedales y, con la facilidad y destreza que proporciona la costumbre, levantó una chapa de aluminio, quedando un hueco al descubierto. En un abrir y cerrar de ojos el paquetito de Climb quedó colocado en dicha cavidad; la

placa metálica volvió a su sitio. Nadie podría observar nada anormal.

El resto de la mañana, Climb trabajó con mucha asiduidad. Tan sólo levantó un momento la cabeza cuando cierto «Douglas» inició su vuelo hacia Europa.

«Cien dólares por tan fácil trabajo —se dijo—. Y así todos los días... pronto seré millonario».

Cierto «Douglas» de transporte voló, durante horas, sobre el Atlántico; después avistó las costas europeas.

—Llegaremos dentro de media hora —dijo uno de los pilotos.

El avión había hecho dos paradas intermedias; ahora se encontraba muy cerca de su destino: Berlín.

—Reduce motores, Dully.

Comenzaba la delicada operación de aterrizaje. Si todo el vuelo sobre la zona soviética de Alemania ofrecía dificultades, debido a la escasa anchura del «pasillo aéreo», la toma de tierra, sin salirse de tan escasa amplitud, casi rozando los tejados de los edificios berlineses, era tarea que únicamente los grandes pilotos expertos podían realizar.

—Corta gases, Dully. A la izquierda. Leve viraje... ¡Cuidado a la casa!... Picando... Un poco a la derecha... ¡Ahora!

El «Douglas» había tomado contacto con tierra. Rodó unos centenares de yardas por las pistas de Tempelhof, el aeródromo berlinés, y al fin, permaneció inmóvil. Los mecánicos alemanes colocaron los cantos. Se abrió la portezuela, se colocó la escalerilla y la tripulación descendió buscando un merecido descanso.

—Siempre me asusta este aterrizaje, Dully.

—Lo has realizado centenares de veces y siempre con toda felicidad —respondió el otro piloto.

—Basta un solo error para no contarlos...

Un individuo ligeramente encorvado, con el pelo rojo, contemplaba la gran actividad que reinaba en Tempelhof desde el interior de una lujosa «limousine» verde. Con un cronómetro en la mano atendía a todos los aparatos que aterrizaban. No era tarea fácil localizar al avión que buscaba. ¡Cada tres minutos llegaba uno más!

Patulengro miró de nuevo el reloj. Según el horario, el «Douglas» se posaría en tierra dentro de diecisiete segundos... Sí,

allí estaba. El avión rodó suavemente unos centenares de yardas. Se detuvo, al fin. Cuando Dully y el otro piloto descendieron, Patulengro, rápidamente, se quitó la americana, embutiéndose después en un sucio y viejo mono de mecánico. Sus cabellos rojos quedaron ocultos bajo un casco de color azul. Después descendió del coche, alcanzando Tempelhof por una puerta lateral.

—Buenos días, Otto —Patulengro saludó al empleado de la puerta como a un viejo amigo.

El servio, en el campo de vuelos, se movía con toda naturalidad. Todo el mundo le conocía de vista, pues diariamente se le veía de un lado para otro. Nadie hubiese podido decir fijamente quién era, pero todos suponían que se trataba de un mecánico adscrito a los servicios de Tempelhof.

Sergio Patulengro se detuvo junto a un «Dakota», que era el aparato más próximo al «Douglas» que pilotara Dully. Allí estuvo maniobrando en los alerones hasta que los empleados hubieron terminado la descarga del aparato vecino. Después se dirigió hacia éste. Se detuvo para encender un cigarrillo... y para ver si alguien le observaba. No, nadie le miraba.

Ágilmente se introdujo en el «Douglas», se dirigió a la cabina y realizó la misma operación que antes hubiera ejecutado Climb en Nueva York. Cierta paquete pasó a uno de los profundos bolsillos del grasiento mono de Patulengro.

—Hasta mañana, Otto —dijo, al abandonar Tempelhof.

Cruzó de acera, volviendo a la «limousine». En un abrir y cerrar de ojos volvió a vestirse con su ropa habitual. Un individuo se acercó. Era medio calvo y tenía un ojo de cristal.

—¿Todo bien, jefe?

—Perfecto, Peipus. Sube.

El automóvil arrancó.

—Ábrelo.

Peipus obedeció. Una amplia mueca de agrado se dibujó en el rostro habitualmente imperturbable del pelirrojo.

—Magnifico, ¿eh, Peipus?

—Estupendo... Este papel no podríamos elaborarlo aquí.

Patulengro estaba contento. Con el inmejorable material qué le enviaban de Norteamérica por el ingenioso procedimiento de los aviones y sus incomparables planchas, estaba falsificando los

dólares cada vez con mayor perfección.

—Acabarán llamándonos de la Casa de la Moneda para que les fabriquemos los «papiros» —con una grosera risotada, Peipus coreó su propia gracia.

—Hoy me ocuparé del tipo aquel... Befardo.

Patulengro detuvo el coche.

—Echa esta carta al correo.

Peipus obedeció.

—Vamos a casa. Esta noche trabajaremos.

La «limousine» se detuvo en la línea de demarcación. Frente a ellos, la zona soviética. Un policía de la Alemania oriental se aproximó. No hubo dificultades. Los documentos de Patulengro estaban en orden. El agente nunca sabría que dichos papeles habían salido de las máquinas de Sergio y no de la burocracia estatal.

El coche se deslizó por Unter der Linden y después de avanzar por los lugares más céntricos, se internó por una serie de callejuelas que lo condujeron a uno de los más míseros barrios extremos de la ciudad. En realidad, no había más que ruinas, edificios derruidos, escombros por todos lados. Poca gente vivía por aquella parte. Algunos infelices que no tenían dónde refugiarse habían buscado cobijo en las cuevas excavadas entre las ruinas o en chozas construidas a mano con barro y algo de madera.

—Llévate el coche y regresa.

Patulengro se apeó. Peipus condujo el coche a algunas yardas de distancia, a un lugar menos miserable, donde llamasen menos la atención. Después volvió junto a su jefe.

Ambos se metieron entre los escombros de una casa semiderruida. En el interior, una tosca puerta parecía dar entrada a una covacha más, una entre tantas. Patulengro abrió y, una vez estuvieron dentro y la puerta nuevamente cerrada, dio vuelta al conmutador eléctrico. Un camastro, dos sillas, colillas por los suelos y una jarra desconchada con restos de cerveza, constituían todos los enseres.

—Sepáralo, Peipus.

Aqué! separó con facilidad el camastro. Después, tirando de una argolla, levantó la tapa de una trampa. Una escalerilla metálica daba paso a un sótano. Patulengro y Peipus descendieron. Sonó el chasquido del interruptor y se hizo la luz.

Máquinas litográficas, tipos, modelos, cajas de frascos de tintas, todos los útiles, en fin, para realizar impresiones en papel, aparecieron convenientemente distribuidas.

—Vamos a trabajar —el servio se despojó de su chaqueta y corbata.

Peipus tomó con gran cuidado el paquetito de papel que les había sido enviado desde los Estados Unidos. Con mucha precisión procedió a cortarlos en una guillotina, dándoles el tamaño exacto de los billetes de la moneda americana.

—Trae las tintas, Peipus.

Patulengro tenía entre sus manos una plancha en la que, con extraordinaria precisión, estaba grabado un billete americano.

Durante mucho rato trabajó con la habilidad de un consumado artista. De cuando en cuando, un terno era el signo inequívoco de que un ejemplar se había estropeado. ¡Con lo escaso que andaba el papel!

Poco a poco, los blancos papeles rectangulares que Patulengro convertía en verdosos, iban cubriendo la mesa. Sergio sudaba copiosamente, pese al frío que hacía en la calle. El trabajo exigía toda su concentración.

De repente se oyó un ruido en el exterior. Una llave giró en la puerta de arriba y alguien entró. Peipus subió precipitadamente con la pistola en la mano. Probablemente sería Mog, pero por si acaso...

—Hola, Peipus.

—¿Algo nuevo, «Colillas»?

Mog estaba muy inquieto y no procuraba ocultarlo. Desde el día del asesinato del «Doctor» veía agentes del

F. B. I.,

por todas partes.

—Mire, jefe —dijo—: un agente federal por poco me «despacha» cuando lo de la hija del «Doktor»; el tipo ese que salvó ayer a la chica es del

F. B. I.,

estoy seguro. Págueme, jefe, y me largo. No quiero más jaleos.

Patulengro abandonó, momentáneamente, su trabajo. Lentamente se quitó las gruesas gafas de concha; su fría mirada es clavó en el rostro mal afeitado de Mog.

—No quiero sandeces de niño asustado. Permanecerás con

nosotros, Mog.

—Págume, Jefe. ¡Yo me largo!

—¡Imbécil! Ahora que empieza a marchar el negocio.

—No, señor Patulengro, no. Ahora vamos camino de la silla eléctrica. ¡Es el

F. B. I.

quien nos persigue!

—¡Se acabó, ratón de alcoba! ¡A trabajar, y no se hable más!

Mog se limpió el sudor del rostro con la manga de la chaqueta. Estaba asustado, el pánico se había apoderado de él, presentía que el

F. B. I.

andaba pisándoles los talones. Sin embargo, obedeció. La fuerte personalidad del servio siempre se imponía.

—De acuerdo.

Pero Mog no estaba conforme. Tenía miedo, y un hombre atemorizado es capaz de muchas cosas. En su cerebro comenzaba a germinar la idea de la traición. Después de raspar una cerilla, prendió fuego a la colilla que pendía de sus labios.

Durante varias horas trabajaron en silencio. Amanecía ya cuando Patulengro acabó la impresión del último billete.

—¡Se acabó la jornada! —comentó Peipus, a quien le asomaba la avaricia hasta por el ojo de cristal.

El servio hizo tres montones iguales.

—Mañana —dijo—, a repartirlos.

El colocarlos era tarea fácil. Primero se cambiaban por moneda alemana. La gente se los arrebatava de las manos. Después, con los marcos, había que adquirir dólares verdaderos. Aquello ya era menos sencillo, pero se arreglaba dando más marcos por menos dólares. De todos modos, cada dólar «fabricado» se convertía en medio dólar legal... ¡El negocio no era malo!

Patulengro encendió un habano. Pensaba en aquel viejo castillo en las montañas de Montenegro que tanto le gustaba... Pronto podría comprarlo... retirarse de los negocios... vivir como un señor. «¡Ah! —pensaba también Sergio—. Y habrá que deshacerse del “Colillas”. Está asustado y puede ser peligroso».

VIII



L «Packard» que la Policía alemana había puesto a disposición de Hunt se detuvo ante el Correo central.

—Sí, aquí hay una con esa dirección —respondió la empleada, entregando un sobre de excelente calidad al agente del F. B. I.

—Gracias.

Roland y la señorita Fhiel, que le acompañaba, salieron del edificio. Una vez en la calle, Hunt contempló la carta que tenía entre las manos. Iba dirigida a las siguientes señas: «B. 6001. Lista de Correos. Oficina Central. Berlín».

Hunt rasgó el sobre. Del interior del mismo extrajo una cartulina que, por su apariencia, bien podría ser una participación de boda. En ella estaban escritas muy pocas palabras:

«Vaya al lugar en que estuvo con Peipus. Once noche».

El agente del

F. B. I.

se guardó la breve misiva en el bolsillo.

—Lo siento, Sarah, no podré cenar con usted. Esta noche tengo que... Estaré muy ocupado —dijo a su acompañante.

Sarah se asustó al contemplar el semblante de Hunt. Aquella cicatriz de color escarlata y la determinación que reflejaba el rostro del agente del

F. B. I.

la convencieron de la gravedad de los momentos que se aproximaban.

—Señor Hunt... Roland, ¿por qué no olvidamos nuestra venganza? ¿Por qué no dejar todo esto y volver a Norteamérica?

—Volver a Norteamérica... juntos. ¿Querría usted... querrías tú, Sarah?

—Sí, Roland. Olvidemos el pasado. Podemos comenzar una vida nueva los dos.

—Sarah, ¡querida!, lo haremos, pero... más adelante.

—Olvidemos la venganza, Roland —insistió la señorita Fhiel.

—La venganza puede olvidarse, Sarah; de lo que no podemos prescindir es de dos palabras cuyo contenido es mucho más noble y elevado: Justicia, deber.

Sarah vaciló unos instantes, después dijo:

—Tienes razón, Roland. Me siento avergonzada de mi debilidad, me olvidaba que mi padre trabajaba para el

F. B. I.

El murió en su puesto... ve, Roland, ve.

—Volveré pronto, Sarah. Hasta luego.

Hunt optó por ir andando hasta el lugar de la cita. Tenía tiempo sobrado.

—¡Se acerca la hora, Patulengro!

Nadie pudo oír la amenaza. Sin embargo, cierto individuo de edad indefinida, con la inevitable colilla entre los labios, la presentía. Y por ello consideró conveniente tomar ciertas medidas.

Hunt se encontró ante el viejo caserón en que había sido citado

a la hora precisa. No necesitó llamar; la puerta estaba entornada. Se adentró en el inmueble. La luz estaba encendida. Llegó a la poco acogedora habitación en la que, con Peipus, se cambiara de ropa, y se sentó en una de las viejas sillas, dispuesto a esperar.

Súbitamente las luces se apagaron. Hunt, sumido en las tinieblas, se levantó de un brinco, cambiando de lugar en menos de un abrir y cerrar de ojos. En su mano sostenía una pistola. Por si acaso.

—¡No se mueva, Befardo! No le va a ocurrir nada.

—¿Se trata de una broma? —inquirió el agente del

F. B. I.

alardeando de mal talante.

—El que pregunta soy yo. No olvide que le he sacado de la prisión y le puedo volver a encerrar. Está usted en mis manos. ¡Vaya contestando!

—De acuerdo —los músculos de Roland estaban en tensión; su cerebro, alerta. Evidentemente estaba ante el «boss», ¡ante Patulengro! Por un instante pensó en sacar su linterna y precipitar los acontecimientos; después recapacitó. Una de las virtudes que requería todo agente del

F. B. I.

era tener paciencia. No era cosa de estropear todo por un acto impulsivo.

La voz del boss, que parecía salir de la nada, preguntó:

—¿Con quién trabajas?

—Solo.

—¿Dónde has obtenido las planchas?

—Fabricación personal.

—¿Cuánto tiempo llevas en la profesión?

—Años.

—¿Cuántas veces has sido detenido?

—Tan sólo una. Por culpa de aquel gordo vendedor de sellos.

De repente, un chorro de luz partió de uno de los rincones de la habitación. El «boss» había enfocado a Hunt con una potentísima linterna.

Fue un instante supremo para Roland. Estaba completamente deslumbrado, como ciego. Fue uno de aquellos momentos en los que un agente del

F. B. I.

tiene que demostrar que merece el honor de pertenecer a dicho Cuerpo. Y Hunt lo demostró. La luz le abrasaba la vista, le destrozaba los ojos. Sin embargo, no movió ni una sola pestaña. En aquel momento, Roland sentía la sensación de ser un juguete en manos de Patulengro. Si el «boss» sospechaba algo, estaba perdido.

El examen se prolongaba. Hacía falta mucha serenidad para permanecer imperturbable, como Hunt se estaba comportando.

Al fin volvió la oscuridad.

—¿Estás con nosotros, Befardo? —interrogó.

—Estoy.

—Bien. Juntos llegaremos muy lejos. No olvides esto: traición y muerte son palabras sinónimas.

A continuación hubo un silencio prolongado. Hunt pudo escuchar un crujido, dos... tres en la escalera. Evidentemente, el «boss» se marchaba. ¿Debería seguirle? Hunt reprimió sus impulsos.

«Calma —se dijo—, caerá».

De repente se hizo de nuevo la luz. Por un instante, Roland no vió nada. Al volverse, sin embargo, se encontró con un tipo mal afeitado, de edad indefinida, que le tenía encañonado con una metralleta. En aquel momento, a dicho individuo se le cayó una colilla de los labios.

El Prummwaldschloss fue un gran castillo durante la Edad Media. Todavía hoy, de generación en generación, se van transmitiendo los sencillos aldeanos las leyendas que circulan acerca de los que fueron sus grandes señores.

En la actualidad, el Prummwaldschloss no es más que una antigua construcción semidestruída por el tiempo y las guerras. Los moradores cercanos procuran, en lo posible, no acercarse al viejo edificio. Nadie estaba cierto de la verdad de todas aquellas historias de fantasmas y aparecidos que sobre el castillo circulaban, pero por si acaso...

Maltizzoni creyó muy conveniente, aprovechar esta reticencia, esta aversión que los campesinos sentían por el Prummwaldschloss. Y Maltizzoni, con su «gang», decidieron sustituir a los señores feudales. El castillo tuvo, así, nuevos inquilinos.

En aquella noche desapacible y fría, Maltizzoni fumaba junto a

la gran hoguera, que habían preparado. Si alguien, desde fuera, hubiese visto el resplandor del fuego, inmediatamente hubiese pensado en fenómenos sobrenaturales y se hubiera alejado todo lo posible.

Varios secuaces de Maltizzoni jugaban al póker.

—Doblo.

—Voy.

«El Botas» volvió a ganar. ¡Qué suerte tenía aquella noche!

—Me retiro; ya me has «desplumado» bastante, «Botas».

«El Zurdo» no estaba contentó. Le molestaba la suerte de su compinche. Él era siempre el mejor en todo, y también en el juego, sobre todo en el póker.

—Venga, «Zurdo»; vamos otra vez, no seas lerdo.

Ahora hablaba Vitin, el pequeño italiano que hacía de lugarteniente de Maltizzoni.

«El Zurdo», recalcitrando largo rato, según era su costumbre, volvió al juego.

Maltizzoni, entre tanto, tomó en sus manos una flauta y comenzó a producir sonidos no del todo disonantes. Aquello parecía una inocente reunión de buenos amigos. Y, realmente, nada malo estaban haciendo... en aquel momento.

—¿Qué tal, muchachos? —dijo, entrando en la habitación, «Karmen», la que primero fue bailarina y después propietaria del Talkenwein.

Los chicos respondieron con toda educación; ni más ni menos que si el jefe estuviera interesado por la «Fraülein».

«Karmen» cantaba, Maltizzoni tocaba y Tos muchachos jugaban. ¡Grata velada! Sin embargo, había alguien empeñado en estropear la noche.

A una milla escasa del Prummwaldschloss se detuvo una «limousine» verde. Ante el coche, la carretera aparecía bifurcada en dos.

—Por la derecha, creo —dijo Patulengro, el pelirrojo.

—Preguntaré en aquella choza —respondió un hombre semicalvo, con un ojo de cristal.

—Bien, Peipus; date prisa.

Aquél se dirigió al chamizo. Después de aporrear la puerta con no muy buenos modales, apareció un anciano.

—¿Por dónde se va al Prummwaldschloss?

—Carretera de la derecha.

Peipus, juzgando innecesaria toda palabra de cortesía, inició el regreso.

—¡Señor! —llamó el anciano—: no vaya usted; por lo menos, espere a que se haga de día. Hay fantasmas... El espíritu de la institutriz...

—¡Mañana oirás hablar de espíritus e institutrices, viejo!

Peipus subió al automóvil. La «limousine» arrancó de nuevo.

—Oiga, jefe: ¿no hay más remedio?

—Está decidido, Peipus; no hay solución. Nuestro trabajo es demasiado peligroso para permitir que los beneficios se reduzcan a causa de la competencia.

—Pero Maltizzoni...

—¿Sientes escrúpulos, Peipus? Al otro, a ese Be —fardo nos lo hemos atraído; a esta banda la liquidaremos, y después, nosotros seremos los amos del mercado.

Como Peipus no demostrara una entusiasta aprobación, el «boss» añadió:

—¡Idiota! Ya falta poco. Dentro de unos días, cuando hagamos la próxima, tirada, seremos ricos, muy ricos. ¡Podremos retirarnos!

No hablaron más. Patulengro pensaba en aquel viejo castillo de las montañas de Montenegro. Pronto podría comprarlo... No importaba que el dinero estuviese manchado de sangre.

En la lejanía se recortó una mancha más oscura que el resto de la noche.

—El Prummwaldschloss —dijo Sergio, deteniendo la «limousine»—. ¡Vamos! —agregó.

Del coche se apearon Patulengro. Peipus y los cuatro individuos de cara patibularia, evidentemente pistoleros profesionales, a sueldo, que ocupaban la parte trasera del automóvil.

—Habrás que operar en silencio. No quiero cuentas con las tropas de ocupación.

—Será una operación perfecta, jefe —una risotada acompañó la afirmación del bandido.

Caminaron en silencio, hasta encontrarse a pocas yardas del castillo. Entonces se lanzaron al suelo, avanzando arrastrándose sobre los codos.

—Desplegaos en círculo. Al llegar a diez yardas del Prummwaldschloss, detenerse.

Patulengro dirigía la operación.

Mientras tanto, en el interior del castillo, el «gang» Maltizzoni dejaba transcurrir tranquilamente la noche.

—¡Por fin te gané!

«El Zurdo» demostraba su satisfacción; «el Botas» no se lo explicaba. ¡Si ahora también hizo trampa!

«Karmen», que una vez muerto el hombre de la barba negra y destruido el Talkenwein por el «gang» de Patulengro se había unido a Maltizzoni, jefe de la banda rival, entonaba un lánguido «lied». Casi resultaba una escena de buenos bandidos generosos.

—«Botas», ve a montar la guardia. Que entre «el Escopeta» —ordenó Vitin, el lugarteniente de Maltizzoni.

Rezongando, se levantó el aludido. De mala gana se dirigió a cumplir la orden. ¡Con el frío que debía hacer! En fin, para eso le pagaban.

—«Escopeta» —llamó una vez se halló en el exterior—. ¡«Escopeta»!

No obtuvo respuesta; avanzó unos pasos más. ¿Dónde diablos se habría metido «Escopeta»?

«Seguramente se ha dormido en cualquier rincón...», se dijo.

—¡«Escopeta»! —llamó de nuevo, mientras avanzaba.

Caminó unas pocas yardas. ¡Maldita sea! ¿Dónde se habría metido el otro?

De súbito tropezó con algo...: era «Escopeta».

—¡Despierta, tú! ¡Si se entera el patrón!

«Escopeta» permanecía inmóvil. «El Botas» se inclinó sobre él. De dio un empujón... ¿Qué era aquello? Se había mojado la mano.

—¡Sangre!

«El Botas» dio la vuelta a su compinche. La sangre manaba abundantemente de una herida de arma blanca. Esta muerto.

«El Botas» se irguió, dispuesto a dar la alarma. No llegó a hacerlo. Alguien se abalanzó sobre él desde el aire, desde un árbol cercano. Fue tal la sorpresa, que no tuvo ocasión de resistir. Fue cosa de instantes. Sintió pasar una soga en su cuello; después se vió imperiosamente arrastrado y, de pronto, elevado por los aires...; después, vino la insensibilidad. A la mañana siguiente, los viejos de

la localidad hablarían del ahorcado del cedro de la institutriz, relacionándolo con el espíritu de la misma.

En el interior del Prummwaldschloss, Vitin y «el Zurdo» jugaban mano a mano en espera del «Escopeta».

—«Lili, Marlene...»

«Karmen» interpretaba una de sus canciones favoritas. Maltizzoni dormitaba junto al fuego como un buen padre de familia.

—¡Ahora! —La queda voz de Patulengro llegó hasta Peipus, su más próximo compañero.

—¡Ahora! —La voz se corrió de unos a otros.

Lentamente, los seis hombres fueron avanzando confundidos entre las sombras de la noche. A pocas yardas quedaban las guardias saliente y entrante... muertas.

Patulengro se irguió. Su figura, recortada en la noche, parecía la encarnación de Satán. Peipus pudo contemplar su cabello rojo y, sobre todo, la mirada a través de sus gruesas gafas con marco de concha. Peipus se juró que no se enfrentaría nunca con el servio.

—¡Vamos!

Patulengro y Peipus avanzaron muy juntos; casi codo con codo. Los otros cuatro habían formado también dos parejas, que convergían sobre el Prummwaldschloss.

Súbitamente, en tromba, se lanzaron los seis asaltantes al interior del castillo. Dos pistoleros se echaron sobre Vitin y «el Zurdo».

Vitin, pequeño, insignificante, se defendía como una fiera. Le habían cogido desprevenido, sin armas. Sin embargo, tenía sus pies y una gran habilidad para moverlos. Su enemigo, con un puñal en la mano, pugnaba por herir. Vitin parecía poseído por todos los diablos; inició una extraña danza, se movía ágilmente. Cada vez que su contrario se aproximaba, era rechazado violentamente y retrocedía al recibir una fuerte patada en el pecho o en la cabeza.

—¡Enano asqueroso! —Rugía el asaltante, fuera de sí.

¿Sería posible que ese medio metro, ese ser con forma de mico le hiciera perder tanto tiempo?

«El Zurdo», haciendo honor a su apodo, se defendía a izquierdazos. Sin embargo, poco a poco iba siendo reducido. Eran dos contra uno, armados con afiladas hojas.

—¡Cerdos, yo os daré! —exclamaba, entre espumarajos de rabia.

Maltizzoni sacudió toda la pereza que en aquella agradable noche le embargaba. También luchaba como un energúmeno; tenía frente a sí al hombre de los cabellos rojos, a su odiado enemigo.

—¡Traidor maldito! ¡Servio del diablo!

Peipus se abalanzó sobre la espalda de Maltizzoni.

—¡Déjalo, Peipus; éste es para mí! —La voz del «boss» sonó fría, imperturbable.

Maltizzoni, de un salto, logró alcanzar una pistola. Hizo fuego. Patulengro, mediante una hábil finta, salió ileso, pero la bala fue a incrustarse en el cráneo de uno de sus pistoleros, que cayó, de bruces, con un bronco alarido.

—¡Apresuraos, acabemos! —ordenó Patulengro.

El servio estaba iracundo; por primera vez perdió su flema. Había ordenado una operación silenciosa y su maldito enemigo utilizó un arma de fuego. Ello podía trastornar todos sus planes.

En aquel momento, «el Botas» tropezó; después de varios trapiés perdió el equilibrio, cayendo al suelo. Inmediatamente, un enemigo se abalanzó sobre él, y la hoja afilada de un puñal se clavó varias veces en su espalda. Después de un estertor, «el Botas» quedó inmóvil, rígido para siempre.

«Karmen» corría alocadamente, dando gritos histéricos por todas las dependencias del castillo.

Un individuo iba tras ella. Patulengro ordenó que nadie quedase con vida.

Sonó un nuevo disparo. Maltizzoni había hecho fuego otra vez y, de nuevo, un secuaz de Sergio mordió el polvo.

—¡Muere ya, enano asqueroso! —dijo el pistolero a quien el pequeño Vitin tenía a raya.

Las palabras fueron acompañadas de la acción. Una daga se hundió en el corazón del insignificante lugarteniente. Con un alarido espantoso, que más lo era de rabia que de dolor, se cortó el hilo de la vida de Vitin.

Maltizzoni, con una pistola, y Patulengro, con un puñal y una mirada maligna, estaban frente a frente. El servio estaba parapetado tras una pared, acechando. Maltizzoni avanzaba paso a paso con el arma amartillada.

Algo amortiguados llegaban los gritos de horror que profería

«Karmen». Su perseguidor estaba junto a ella. Delante de la cantante, el muro y una ventana; detrás, unos ojos asesinos y un puñal.

Maltizzoni disparó. Falló el tiro. Patulengro lanzó una carcajada. El italiano disparó de nuevo.

—«*Vendetta!*» «*Vendetta!*» —clamaba.

Patulengro, desde su refugio, sonrió. Su enemigo comenzaba a perder los nervios.

—«*Vendetta!*».

Se sucedieron una serie de disparos. Después, un «clic». ¡El arma estaba descargada!

Patulengro consideró llegado el momento. Empuñó fuertemente el puñal, y con un salto felino, asombroso, dada su aparente débil complexión, se lanzó sobre su enemigo. Éste, antes de que pudiera defenderse, sintió sus carnes desgarradas varias veces por el frío acero del puñal. Maltizzoni cayó; trató de levantarse, sin conseguir más que arrodillarse.

—«*Vendetta!*» —exclamaba, ya muy débilmente.

Patulengro, lenta, fríamente, incorporó aún su gibosa espalda. Dio un manotazo al enemigo, que quedó tendido en el suelo. Después alzó el puñal, calculó serenamente el golpe y, por fin, lo descargó sobre el ya moribundo cuerpo de Maltizzoni.

Casi simultáneamente, un gran alarido llegó del otro lado, un grito histérico, aterrorizado, de mujer.

«Karmen» se lanzó por el ventanal. El golpe casi la hizo perder el sentido, pero el miedo la servía de poderoso excitante. Comenzó a correr a través de los campos, rodeados de tinieblas.

¡Cómo la dolía el brazo! Seguramente lo tenía roto.

El pistolero que la perseguía salió por la puerta principal. ¿Dónde se habría metido la mujer? Había perdido la pista. El hombre miró a un lado y a otro, despistadamente. No sabía por dónde habría huido, pero tendría que encontrarla, a la fuerza. El «boss» había ordenado que nadie quedase vivo.

Un grito de terror delató a «Karmen». Ella no pudo remediarlo... Corría alocadamente, cuando tropezó con algo y cayó al suelo. Al intentar levantarse, su mano quedó empapada de un líquido espeso...; sangre. Entonces descubrió el cadáver y reconoció al «Escopeta». No pudo evitar el chillido de espanto, que para ella fue

fatal. Aún no había logrado incorporarse, cuando un hombre la sujetó. El pánico la hizo perder el sentido. Fue lo mejor para ella: su muerte fue así menos horrorosa.

—Vámonos —ordenó Patulengro—. Hemos tenido suerte —agregó— de que ninguna patrulla haya percibido los disparos de ese maldito sapo.

—Desde luego, jefe.

El grupo se dirigió hacia la «limousine» verde. Al pasar ante los cadáveres del «Escopeta», de «Karmen» y del ahorcado «Botas», Patulengro iba pensando en un castillo de Montenegro, tras las montañas y junto a un lago. Decididamente, el servio era un romántico.

IX



L hacerse la luz, Hunt se encontró a solas con Mog, que le encañonaba con una metralleta. El «boss» había desaparecido.

—¡El agente del
F. B. I.!

—exclamó Mog, que empezaba a sudar copiosamente.

Roland también reconoció al individuo que asesinó a Maltenkausenwurm, el dueño del Talkenwein. Hunt reaccionó instantáneamente. Mediante un salto vertiginoso, se apartó de la línea de tiro. Después echó cuerpo a tierra, dispuesto a lanzarse sobre las piernas de su adversario. Ello no fue preciso. Mog, verdaderamente aterrorizado, lanzó el arma al suelo y... también perdió su colilla.

—¡Me rindo! —exclamó—. ¡No quiero cuentas con el

F. B. I.!

Hunt se apoderó de la metralleta; era dueño de la situación.

—¿Dónde está Patulengro?

—Acaba de marcharse. ¡Señor! —exclamó Mog—. Sé que todo está perdido; lo sé desde el día en que los «papeles» anunciaron la intervención del

F. B. I.

en el caso del «Doktor». ¡Quiero colaborar! —agregó—. Deseaba buscarle a usted para rendirme.

—¿Dónde está Patulengro?

—¡Encarcéleme, señor agente del

F. B. I.,

pero no me ajusticie!

—¿Dónde está Patulengro? —preguntó Hunt, por tercera vez.

—¡Clemencia, señor! ¡Yo le llevaré a Patulengro! Desde aquí ha ido con Peipus y los «chicos» a liquidar a Maltizzoni y su banda. Eran una mala competencia.

—¡Vamos! —ordenó Roland.

El agente del F. B. I. y su prisionero abandonaron la casa. Hunt guardó el arma que, por otra parte, no era muy necesaria para reducir a Mog, quien había perdido verdaderamente todo el valor.

Caminaron hasta el «Packard» de Hunt. Aquél se sentó frente al volante; Mog, a su derecha.

—¿Dónde?

—En el castillo de Prummwaldschloss.

—¿En zona soviética?

—Sí.

Hunt meditó un momento. Era arriesgado internarse en el sector oriental sin documento alguno que lo autorizara. Sin embargo, había que arriesgarse. No podía dejar que Patulengro escapara. Tenía el deber de detenerlo y lo detendría.

—Vamos, pues.

El «Packard» arrancó. Al llegar a pocas yardas de la línea de demarcación, detuvo el coche.

—Voy a cruzar andando —dijo Roland—. Tú continuarás con el coche, ya que puedes mostrar tu documentación. Si tratas de escapar, eres hombre muerto.

—No quiero cuentas con el

F. B. I.

—repitió Mog por centésima vez.

Hunt estaba convencido de que así era. No, no había peligro de que Mog huyera.

Roland se mezcló con el gentío que, andando, pasaba de una a otra zona. Los alemanes podían pasar sin trámite de ningún género y en realidad lo hacían varias veces al día para ir al trabajo o a sus casas. Para un norteamericano, agente del Gobierno, las cosas cambiaban. Hunt decidió, confundido entre la masa, pasar como un alemán más; después ya vería cómo se desarrollaban los acontecimientos.

El «Packard» se detuvo en la frontera. Momentos después continuó. Ya estaba al otro lado.

Hunt avanzó sin mostrar ninguna intranquilidad. El color escarlata de su cicatriz mostraba su decisión. Había prometido al

F. B. I.

llevar a Patulengro a la silla eléctrica y lo llevaría.

A pocas yardas de la divisoria, el coche esperaba. Hunt se acomodó rápidamente. Enseguida inició la carrera por Unter den Linden, la gran avenida berlinesa. Después de dejar atrás el Tiergarten cruzaron los últimos arrabales encontrándose, al fin, en la carretera, fuera del casco urbano.

La noche hacía rato que había caído. De repente, Hunt frenó. Ante ellos la carretera se bifurcaba en dos.

—¿Por dónde?

Mog no supo responder. Roland se apeó, dirigiéndose hacia cierto chamizo que se divisaba allá cerca. Un anciano acudió a su llamada.

—¿El castillo de «Prummwaldschloss»?

—Es por la derecha, señor, pero no vaya usted de noche. Hay fantasmas... el espíritu de la institutriz...

Hunt regresó al coche. El viejo, encogiéndose de hombros, cerró la puerta de la choza.

—Vamos a tener que sentir —comentó con su mujer—. Todos van hoy al Prummwaldschloss.

—Milagro si mañana no hay algún muerto —respondió la mujer. La institutriz...

El «Packard» reemprendió el camino. Al fin, a lo lejos, en las

sombras, se dibujó la silueta del viejo y medio derruido castillo. Su masa era imponente; no era de extrañar que impresionas a los sencillos campesinos.

Hunt detuvo el automóvil. Mog estaba verdaderamente aterrorizado. La colilla le temblaba en los labios. Temía enfrentarse con el «boss», a quien estaba traicionando.

—Baja —ordenó Roland—. Continuaremos a pie.

Ambos caminaron en silencio, aproximándose cautelosamente al «Prummwaldschloss», cuya silueta se recortaba cada vez con mayor precisión. Era molesto caminar con aquella oscuridad en medio de la maleza. Constantemente tropezaban o se enganchaban.

—Faltan pocas yardas. No trates de traicionarme —Roland sabía que su advertencia era innecesaria. «El Colillas» estaba demasiado asustado.

De súbito, Hunt tropezó con algo. Se inclinó. Era un cuerpo humano.

—«Karmen» —exclamó.

Bajo el cadáver de «Karmen» apareció el cuerpo inerte del «Escopeta». Al incorporarse, pudo contemplar al ahorcado, que danzaba en el aire.

Hunt no dijo nada. Continuó avanzando. Mog, junto a él, temiendo a cada instante encontrarse frente a Patulengro. Llegaron al umbral del castillo.

En el interior del mismo pudieron contemplar el macabro espectáculo de los cuerpos exánimes. Nadie con vida por ninguna parte. Todavía quedaban algunos rescoldos de la hoguera, a cuya tenue iluminación pudieron contemplar las muecas espantosas de los muertos.

Abandonaron el lugar. Durante cientos de años los campesinos hablarían de aquella noche en «Prummwaldschloss» y del espíritu de la institutriz.

Roland hizo una pregunta. La energía y decisión reflejadas en su semblante convencieron al «Colillas» de la oportunidad de responder:

—Dónde está Patulengro.

Mog apenas podía responder. Bajo la ropa del agente del F. B. I.

se dibujaba el contorno de un arma. ¿Cómo reaccionaría ante lo que

tenía que decirle?

—He preguntado dónde está —repitió Hunt, impacientemente.

Mog hizo un gesto de desaliento. No había más remedio que responder. Con voz vacilante y temblando de arriba abajo, respondió:

—Está... ha ido... desde aquí pensaba...

—¡Contesta de una vez!

—Iban... al domicilio de la señorita Fhiel. Roland reaccionó como si recibiera un latigazo.

—¿A casa de la señorita Fhiel? ¿Para qué?

—Temen que sepa demasiadas cosas. Además, será un buen rehén en caso de apuro.

—Así, pues, tratan de raptarla por tercera vez. ¡Como la haya ocurrido algo...!

Mog deseó desde lo más profundo de su corazón —si es que lo tenía— que no la hubiese ocurrido nada.

A la carrera fueron de nuevo hasta el coche. Hunt conducía sin preocuparse de nada. Únicamente tenía una obsesión. ¡Sarah en peligro!

Roland pisaba sin cesar el acelerador. Habían rebasado la velocidad de sesenta millas a la hora. Mog osó hacer una indicación.

—Señor, no conviene llamar la atención. Puede haber patrullas.

¡Sarah estaba en peligro! Aquél era el único pensamiento en la mente de Hunt. Había que correr, correr.

El coche se deslizaba vertiginosamente por la autopista. Había alcanzado el máximo de velocidad. En cada viraje, las ruedas de un lado del coche perdían contacto con el suelo.

—Basta, basta —exclamó Mog.

Parecía que el coche se iba a tragar los árboles. Hunt pisaba el acelerador con toda su fuerza. ¡Más deprisa! ¡Había que ir más deprisa!

Mog, sollozando, ocultó la cara entre sus brazos. El «Packard» volaba más que corría. ¡Sarah estaba en peligro!

Hasta que aparecieron las primeras luces de la capital, Hunt mantuvo aquella carrera suicida. Al fin, conteniendo su impulso, reprimiendo su impaciencia, frenó ligeramente.

—¡Creí que no lo contábamos! —Mog lanzó un suspiro de alivio.

Seguro que no olvidaría en mucho tiempo aquella nochecita.

De nuevo se deslizaba el automóvil por Unter den Linden. Otra vez Hunt tuvo que apearse para cruzar la línea de demarcación. Tenía que hacer grandes esfuerzos para contenerse, para no iniciar una loca carrera que lo delatase.

¡Al fin!

El «Packard» reanudó su marcha. Hunt deseaba fervorosamente que a Sarah no la hubiese ocurrido nada. Mog abundaba en los mismos anhelos. Si no la hallaban el agente del

F. B. I.,

la pagaría con él.

Al fin se vislumbró el solitario «chalet» que fue del profesor Fhiel y que ahora habitaba su hija. Hunt detuvo el coche. Pocas yardas más allá, la carretera hacía un viraje.

Roland corrió, desenfrenadamente, hasta la puerta. Llamó. Nadie contestó. Sacó una pistola, disparando repetidamente contra la cerradura. La puerta cedió enseguida.

—¡Demasiado tarde! —exclamó Roland.

En efecto, la casa estaba revuelta, desordenada y vacía.

—¡He perdido la pista!

Hunt iba a salir, cuando su prisionero exclamó:

—¡Señor agente del

F. B. I.,

piedad! ¡Tenga piedad conmigo y le ayudaré!

—¿Sabes dónde puedo encontrarla?

—Ayúdeme a salvar mi vida. Está en...

Sonó una detonación. Mog se llevó las manos al pecho. Exhaló un gemido y rodó al suelo. Hunt corrió a la ventana. Una sombra corría como una exhalación por la carretera. En aquel momento divisó una «limousine» verde oculta tras el cercano recodo. Esta revuelta ocultaba al coche desde la calle, pero no desde la ventana. Roland disparó. En aquel instante la «limousine» arrancó rauda, perdiéndose pronto de vista. Volvió junto a Mog.

—¡Me muero! ¡Me muero! —gemía el bandido.

Hunt pudo ver la gravedad de sus heridas. Dos balazos en pleno pecho. Había que salvar a aquel hombre. Corrió hacia el teléfono. Afortunadamente, Sarah ya lo había hecho arreglar.

—Con Jefatura de Policía.

—...

—¿Inspector Bluber?

—...

—Aquí Hunt. La señorita Sarah ha sido raptada. Por fin lo han conseguido. Hay un hombre herido. Una ambulancia, urgentísimo. Es el único testigo.

Roland, con la camisa de Mog, hizo vendas, tratando de cortar la hemorragia. La sangre manaba abundantemente. La vida se escapaba muy deprisa.

—¡Agua!

Hunt trajo algo de beber al herido.

—Reacciona, Mog. Ha sido Patulengro quien te ha herido. ¿Dónde puedo encontrarlo?

—Billetes, dólares... muchos billetes...

Era inútil intentar una confesión. Mog deliraba. Cada vez estaba peor. El pulso se debilitaba.

—¡Agua!

Hunt le aproximó el vaso. Al cabo de pocos minutos, que para Roland se hicieron interminables, llegó la ambulancia. Con todo género de precauciones instalaron al herido en ella. Fue trasladado al hospital de urgencia. Tras un breve reconocimiento se le declaró gravísimo.

—Hay que operar —diagnosticó el médico.

Fue trasladado al quirófano. Transcurrían los minutos. Hunt esperaba ante la puerta con la misma impaciencia que si se tratase de una persona querida, y en realidad se trataba de... Sarah.

—¿Se sabe algo? —Roland dirigía esta palabra a cada enfermera o ayudante que pasaba.

—Aún no ha concluido la operación.

Hunt paseaba a grandes zancadas. ¿Qué sería de Sarah?

Aparecieron los médicos.

—La operación ha sido delicadísima, muy difícil. Era un caso desesperado. Había pocas esperanzas. Sin embargo, si surgiesen complicaciones quizá se salvase.

—¿Cuándo recobrará el conocimiento? —A Roland le bastaba con que pudiese hablar durante unos minutos.

—Pasarán horas, si lo recobra.

Hunt no podía esperar tanto tiempo. Estaría en contacto con el

hospital, pero, entre tanto, actuaría. Se puso en contacto con el inspector Bluber.

—Tratará de escapar. Hay que impedirle la salida de nuestra zona.

—Ahora mismo se inicia la, operación —respondió Bluber.

Hunt se trasladó a Jefatura. El y Bluber asumieron el mando. Trescientos hombres a sus órdenes directas y varios miles más recibieron la orden de acordonar el casco urbano. Los aeródromos fueron avisados. En las estaciones de ferrocarril, carreteras y caminos se estableció un estrecho servicio de identificación.

De no haberlo hecho ya, Patulengro no podría escapar fácilmente.

El cordón policial quedó completado. Patrullas de agentes recorrían las calles de la ciudad dándole un aire agitado. Los transeúntes se detenían a conversar con desconocidos. ¿Qué sucedía? Nadie podía dar una contestación satisfactoria.

—Todos estos preparativos habrán puesto a Patulengro sobre aviso; no podemos utilizar, por tanto, la sorpresa. En estas condiciones, quizá convendría conminarle —dijo Hunt.

En consecuencia, coches de la Policía con altavoces recorrieron la ciudad, instando al servio a rendirse.

Mientras tanto, Hunt y los hombres a sus órdenes trabajaban intensamente. Fueron seleccionando los domicilios de todas las personas sospechosas de dar posible asilo al perseguido. Las brigadas móviles efectuaban inmediatamente un registro en dichos lugares.

Centenares de personas fueron detenidas y sometidas a un riguroso interrogatorio. Hasta el momento, todo infructuoso. Nadie parecía conocerle.

Era como si a Patulengro se lo hubiese tragado la tierra. Y, sin embargo, el servio aparecería, aunque hubiese que registrar el Berlín casa por casa. ¡El

F. B. I.

estaba dispuesto a seguir adelante!

—¿Algo nuevo? —preguntó Hunt al hospital.

—Sigue debatiéndose entre la vida y la muerte —respondieron del otro lado del hilo telefónico.

Los laboratorios de la Policía hicieron miles y miles de copias de

la fotografía de Patulengro; de aquella perteneciente a los archivos del

F. B. I.

que Roland llevara consigo. Los retratos se repartieron entre los agentes, se publicaron en hojas especiales para distribuir las entre la población. Patulengro fue, al poco tiempo, el hombre más popular de Berlín.

Sonó una llamada telefónica.

—El inspector Hunt, del

F. B. I.

Roland acudió al aparato.

—El herido ha mejorado levemente —le dijeron—. Quizá recobre la lucidez unos instantes.

Roland salió apresuradamente camino del hospital. Deteniendo su «Packard» ante el edificio, se dirigió a la puerta principal.

Mientras tanto, un individuo casi calvo, con un ojo de cristal, entraba en el mismo edificio por la parte trasera. De dos en dos escalones subió hasta la sexta planta, en la cual estaba instalado Mog. Allí, tras comprobar que se hallaba solo, extrajo rápidamente de un maletín una bata blanca, de médico, que se colocó.

—Habitación doscientos uno —leyó Peipus en alta voz, guardándose después la dirección.

Avanzó decididamente hasta aquella habitación. Entreabrió la puerta; no había nadie, aparte del paciente. Entró, cerrando tras sí. Peipus avanzaba hacia la cama, cuando oyó pasos que se acercaban. Buscó dónde esconderse, ocultándose al fin en un cuartito auxiliar contiguo.

—Procuraremos que reaccione un momento, señor Hunt —iba diciendo un médico.

Roland, el médico y una enfermera, entraron en el cuarto número 201.

Mog estaba muy inquieto. Se movía constantemente, a la vez que balbucía incoherencias producidas por el delirio.

—Traiga la jeringa —ordenó el doctor a la enfermera.

Peipus entreabrió unas pulgadas la hoja de la puerta. En aquel momento, el médico estaba inyectando al moribundo. Peipus, lentamente, extrajo una pistola del blanco bolsillo de su bata.

Mog, reaccionando con el estimulante, se tranquilizó. Unos

instantes después abría los ojos. Hunt se inclinó sobre él.

Unos segundos más tarde sonaron dos disparos. Roland se llevó la mano al codo izquierdo. La herida le abrasaba las carnes. Una mancha de sangre se fue extendiendo sobre las blancas Sábanas del lecho de Mog. Su rostro inexpresivo y la fija mirada de sus ojos mostraron al doctor que no había nada que hacer. Mog había muerto sin su colilla en los labios.

Hunt, sin atender a su herida, se lanzó en persecución del criminal. Por un instante pudo vislumbrar a un hombre casi calvo, ataviado con una bata blanca. Disparó varias veces, pero las balas rebotaban en los recodos de la escalera. Peipus corría como un diablo.

Los disparos habían alarmado a todo el personal. Desde la habitación 201 avisaron que se cerraran todas las puertas.

—¡Maldita sea! —Peipus alcanzó al fin la planta inferior por la escalera de servicio. Fue una ingrata sorpresa encontrarse con la puerta cerrada.

—¡Ríndete! —ordenó el agente del
F. B. I.

Hunt le pisaba los talones. Peipus estaba angustiado. ¡Había que hacer algo! Disparó sobre Roland, pero éste supo esquivar el plomo. No en vano había estado en la Academia de Quantico.

Peipus, acorralado, se abalanzó a la puerta más próxima. Una risa sarcástica se le escapó. ¡Vaya suerte! Había ido a parar a la sala de enfermos graves.

Más de treinta personas se encontraban allí, entre la vida y la muerte. No osarían disparar sobre él. Y mientras, quizá llegase Patulengro en su ayuda.

Roland abrió la puerta de la sala. Fue recibido por una granizada de balas. Los disparos fueron coreados por los ayes y gemidos de terror de los moribundos.

Hunt se retiró dando una orden.

De súbito, las cinco puertas que daban entrada a la amplia sala-enfermería se abrieron. Por todas ellas, agentes comenzaron a avanzar. Hunt marchaba delante, al frente de uno de los grupos.

—¡Dispararé! ¡Dispararé! —replicó Peipus.

Era evidente que estaba dispuesto a hacerlo. El terror le impedía razonar. Sin embargo, Hunt no vaciló. Estaba haciendo un servicio

del

F. B. I.

—Ríndete.

Roland continuó avanzando, seguido por los agentes. Peipus presentaba un aspecto aterrador. La mirada extraviada de su único ojo lanzaba destellos asesinos.

—¡Deteneos o disparo! —amenazó.

Roland avanzó impertérrito.

—¡Alto! ¡No avancéis! —gritaba Peipus. La pistola le temblaba en las manos. Era hombre perdido. Ya no era capaz de disparar.

Hunt continuó adelante hasta estar frente a él Peipus ya no amenazaba; estaba como aturdido. Roland dio un paso más y, adelantando su brazo sano, le arrebató la pistola.

Los agentes se hicieron cargo del detenido. Hunt se puso en manos de los médicos. Había perdido mucha sangre; se sentía débil. La herida le dolía horriblemente.

Peipus fue conducido a la calle. Un coche celular llegaría inmediatamente. La desaparición de Hunt de su vista le había hecho recuperar en parte la moral. Pensó que estaba en camino de la horca. Si no escapaba no había solución... Sí, tenía que probar.

El coche celular apareció por la próxima esquina. En aquel instante, Peipus, de un violento empujón, se desprendió del agente que le sujetaba por un brazo. Aquél, en verdad, se había descuidado un poco; Peipus daba la sensación de poco peligroso.

El criminal inició una velocísima carrera. Avanzaba en zigzag, esquivando las balas que le perseguían. Pero no podía ser. Luchaba con todas las probabilidades en contra. Un agente afortunado dio en el blanco. Un alarido de Peipus lo probó así. Sin embargo, aquél continuó corriendo.

—¡He de escapar! ¡He de escapar! —Peipus se animaba a sí mismo, repitiendo este estribillo en voz alta.

Pero no escapó. Un agente apuntó con su metralleta. Después hizo fuego; Peipus sintió una larga serie de ardientes punzadas por todo el cuerpo. Después quedó tendido en el suelo. En aquel estado, nadie hubiese podido decir cuál era el ojo de cristal.

Hunt se hallaba en el hospital. Los médicos atendían a su herida. Aquélla no era grave.

—Un simple arañazo —decía Roland.

Los médicos no eran de la misma opinión. No es que la herida fuese peligrosa, pero le convenían, al menos, unas horas de reposo.

—Quédese aquí, inspector. Tan sólo hasta que ceda la fiebre.

—Imposible, señores. Esto no es nada. Tengo algo que hacer.

Hunt, efectivamente, tenía algo que hacer. Patulengro estaba aún en libertad y Sarah en peligro.

—Llaman al inspector del

F. B. I.

—anunció una enfermera.

Era Bluber. No había novedades. Hasta el momento, ni rastro del servio.

—No tardará en caer —aseguró Roland.

En aquel instante llegó un agente del piso bajo.

—A la orden, señor —dijo a Hunt—. El prisionero intentó escapar. Ha muerto.

—Está bien.

La cicatriz de Hunt adquirió un color escarlata subido. Quizá los médicos pensasen que era a consecuencia de la fiebre. No era eso. Roland marcó un número en el teléfono.

—¿Bluber?

—...

—Los dos lugartenientes de Patulengro han muerto. Mog, antes de fallecer, ha hablado. El «gang» está desarticulado. Venga usted a buscarme y acabará la historia del «boss».



PUBLICACIONES TRIUNFANTES

de

EDITORIAL ROLLAN

¡LA EDITORIAL DE LOS EXITOS!

**F. B. I. + EXTRAORDINARIA DEL OESTE
NEVADA + JEQUE BLANCO**

X



encendió un habano. Después de arrellanarse lo mejor posible en el poco cómodo sillón, dirigió una rápida ojeada a su prisionera. Sarah Fhiel estaba allí, atada en una silla, completamente inmóvil. Cuando el servio la miró, sostuvo su mirada.

—Nadie te buscará aquí, en este sótano bajo las ruinas —la dijo.

Patulengro estaba muy contento. Todo marchaba a pedir de boca. Tenía en su poder a la hija del «Doktor». Maltizzoni y su «gang» estaba liquidado. El otro, Befardo, trabajaría a sus órdenes... Sí, todo salía bien. Ahora sería el amo y señor del mercado berlinés.

Sonaron unos golpes en la puerta exterior. Sergio, tomando en sus manos una metralleta, ascendió por las escalerillas metálicas hasta la habitación de arriba. Después colocó el camastro encima de

la trampa, ocultando, así, la entrada a su «laboratorio», donde falsificaba los dólares.

—¿Quién llama? —preguntó, acercándose a la puerta.

—Abra, jefe. Soy Jobby.

El «boss» dio vuelta a la llave, un tipo de aspecto patibulario, uno de los participantes en la matanza de la banda de Maltizzoni, entró rápidamente.

—Os ordené no aparecer por aquí. Cuando tengo trabajo para vosotros, os llamo. Después os pago y se acabó. ¿Acaso no has cobrado?

—Jefe, ocurre algo importante —respondió Jobby, jadeando. Se veía que había venido corriendo.

—Habla.

—Peipus ha fallado. Cuando llegó al hospital, la «bofia» estaba junto al «Colillas». Aunque mató a Mog, no se puede saber si dijo algo. Todo esto lo sé por Elisa, que se mezcló entre las enfermeras.

—¡Maldito Peipus! ¡Le ajustaré las cuentas!

—No será posible. Lo han dejado «seco».

El «boss» comenzó a inquietarse. Mog, muerto; Peipus, también. ¡Se estaba quedando solo!

—Debemos huir —dijo.

—Jefe, toda la «Poli» está en la calle. Todos los puntos estratégicos están tomados. La «bofia» vigila por todas partes.

—Ese maldito agente del

F. B. I.,

quienquiera que sea... no me vencerá. Imbéciles. ¡Luchar contra mí, contra Sergio Patulengro!

En aquel instante, un coche de la Policía pasó por las cercanías.

—Ríndase, Patulengro —decía a través del altavoz—. Ríndase. No podrá escapar.

—Hemos de desaparecer, Jobby. Ayúdame.

Después de separar nuevamente el camastro, ambos descendieron al piso inferior. Allí estaban todos los instrumentos de falsificación. Patulengro, como poseído de un ataque de locura, se abalanzó sobre todo ello, destruyéndolo con furor. Las planchas quedaron irreconocibles, las tintas se mezclaron, todo fue materialmente deshecho.

—¡No tendrán pruebas, malditos!

De un cajón de una de las mesas extrajo un pequeño maletín. Acercándose a otra mesa, comenzó a sacar de varios departamentos billetes y más billetes. Hizo con todos ellos un montón y pronto estuvieron ardiendo. La hoguera le dio una nueva idea. ¡Incendiaría todo el inmueble! Así no quedaría rastro.

De un último cajón extrajo otros fajos de billetes. Muchos miles de dólares, y éstos legales. Los colocó dentro del maletín. Después se acercó a Sarah, cortando sus ligaduras.

—¡Andando, nena!

La señorita Fhiel tenía todos los miembros entumecidos. Unas sombras bajo sus bellos ojos delataban el cansancio y el insomnio. Comenzó a caminar, muy erguida, delante de los dos forajidos.

Una vez en la habitación superior, Patulengro acumuló las viejas sillas y el camastro de madera. No le fue difícil armar una gran hoguera con tales elementos.

—¡Fuera! —ordenó.

En aquel momento, las sirenas de la Policía anunciaron su llegada. Patulengro, amenazando a Sarah con la metralleta, corrió hacia su montón de escombros, tras el que se parapetó con Jobby. La señorita Fhiel le servía de escudo.

—¡Ríndete, Patulengro!

—¡Dejadme marchar o la mato! —respondió, señalando a Sarah.

En aquel momento, Hunt se dejó ver.

—¡Roland! —exclamó Sarah.

—¡Befardo! ¡Ah, cochino traidor! —bramó el servio, echándose la metralleta a la cara.

La ráfaga de plomo salió desviada. Sarah había dado, oportunamente, un fuerte empujón a Sergio. Ello le valió una fuerte bofetada del servio que la hizo caer a tierra.

La guarida de Patulengro ardía por los cuatro costados.

—No los dejaremos respirar, Jobby —dijo el servio.

El fuego se generalizó. Por parte de los criminales era mucho más frecuente. Los agentes disparaban con precaución.

—No pongan en ningún caso en peligro la vida de la joven —había ordenado Hunt.

Desde lejos, los vecinos del destruido barrio contemplaban el desarrollo de los acontecimientos. Les parecía estar viviendo de nuevo el día de la ocupación. Las mismas escenas se desarrollaron

cuando, después de cesar el fuego de artillería y los horribles bombardeos, aparecieron las primeras fuerzas de la infantería norteamericana. Todos ellos vivieron de nuevo las horas de la gran derrota...

Patulengro y Jobby retrocedían lentamente, escudándose en el cuerpo de Sarah. Unas yardas más atrás se parapetaban, otra vez, tras las ruinas, y las ametralladoras reanudaban su canción.

Un agente quedó momentáneamente al descubierto. Patulengro no desperdició la ocasión. Y el policía mordió el polvo.

—Retrocedamos unos pasos más —dijo el bandido—. Ya estamos cerca.

Patulengro estaba logrando realizar su plan con éxito. Al otro lado de las ruinas, en las que se encontraban, una «limousine» verde esperaba. Pero había que llegar a ella sin que el enemigo se diese cuenta. De lo contrario le cortarían la retirada.

—Bravo, Jobby —la alabanza del servio era el premio a una hazaña. Jobby acababa de alcanzar a otro agente que cayó, mortalmente herido.

Los perseguidos se encontraban ya a muy pocas yardas de la calle lateral en la que el coche esperaba.

—A la carrera —ordenó Patulengro.

Antes de iniciar la huida, Sergio gritó:

—Si disparáis, la chica morirá.

Sarah pudo notar el frío cañón de la metralleta de Patulengro en sus espaldas. Jobby caminaba de espaldas, amenazando con sus armas a la Policía.

—Al coche —ordenó Patulengro.

La «limousine» verde arrancó vertiginosamente. Escasos segundos después, Hunt, en el estribo de un coche del servicio, lo perseguía. Los criminales disparaban. Se acercaban en aquel momento a la Postdammerstrasse. La «limousine» torció lateralmente mezclándose entre los demás automóviles en circulación.

En medio del tráfico era muy difícil la persecución. Hacía rato que Patulengro y Jobby cesaran de hacer fuego. De repente, el servio abrió una ventanilla del coche y por la misma empezaron a caer unos papelitos color verde.

—¡Dinero! ¡Es dinero! —exclamó un transeúnte.

La confusión que sucedió a esta hábil astucia de Patulengro fue indescriptible. La muchedumbre, olvidándose de que momentos antes en lugar de llover monedas llovía plomo, se abalanzaron ansiosamente a la calzada. ¡Eran miles y miles de dólares!

La circulación quedó totalmente interrumpida. Tardó varios minutos en restablecerse, pese a los numerosos disparos que los agentes hicieron al aire.

Por fin, el automóvil de Hunt, que iba en cabeza de los perseguidores, logró reanudar la marcha. Mientras tanto, se había avisado a otras unidades para que cerraran el paso a Patulengro. Quizá lo conseguirían...

Roland, que continuaba en el estribo del coche, fue el primero en divisar la «limousine». Patulengro la había abandonado. Un instante después pudo ver a los dos facinerosos que, llevando consigo a Sarah, corrían hacia los canales berlineses.

—Deprisa, Jobby, hemos de llegar al Spree; entonces estaremos salvados —dijo Patulengro sin dejar de correr.

Sarah volvió la cabeza y pudo, por un momento, vislumbrar a Hunt, que ganaba terreno a cada instante. Entre perseguidos y perseguidor no había nadie; todos los transeúntes habían desaparecido al ver gente armada.

—¡Ahora, Roland! —exclamó Sarah.

Después de esta voz de alerta, la señorita Fhiel, súbitamente, se lanzó al suelo. Hunt comprendió la estratagema y, sin perder un instante, disparó contra sus enemigos.

Jobby recibió toda la rociada en sus espaldas. Dio algunos pasos tambaleándose y, después, llevándose las manos a la cabeza, cayó pesadamente a tierra. Sergio salió ileso. Su despierto cerebro le avisó del peligro y se lanzó al suelo junto a Sarah.

—¡Esto para ti, Befardo! —exclamó, al tiempo que intentaba disparar contra Hunt.

Roland siguió avanzando en zigzag. Antes de que Patulengro se pudiese incorporar, Roland estaba a muy pocas yardas del mismo.

—Si dispara, mato a la chica —amenazó el servio.

Los dos enemigos estaban frente a frente. Hunt avanzaba, paso a paso, hacia Patulengro. Ambos se amenazaban con sendas metralletas. Ninguno osaba disparar. Sergio sabía que aunque hiriese mortalmente a Hunt, éste le mataría antes de caer, y Roland

estaba seguro de que Patulengro cumpliría su amenaza sobre Sarah.

—¡Atrás! —chilló Patulengro.

El servio comenzó a retroceder escudado por el cuerpo de la señorita Fhiel. Paso a paso se fue acercando a un portal que tenía a derecha su espalda. A derecha e izquierda tenía cortada la retirada. Tras Hunt, numerosos agentes avanzaban.

—¡Atrás! —repitió el acorralado criminal.

De un salto, sin dejar un instante a Sarah, logró refugiarse en el portal. Un agente disparó.

—¡Alto el fuego! —ordenó Hunt—. Que nadie ponga en peligro la vida de la señorita. Además lo quiero vivo.

Después, Roland habló con los agentes más cercanos. Éstos comenzaron un fuego graneado desobedeciendo, en apariencia, las órdenes del inspector del

F. B. I.

En realidad, no desobedecían. Disparaban alto, donde no pudiesen causar ningún daño, con objeto de atraer sobre sí la atención del forajido.

Patulengro respondía furiosamente, como un loco, disparando sin cesar.

Hunt, entre tanto, haciendo uso de sus condiciones atléticas, había trepado hasta un balcón del primer piso. De un fuerte codazo rompió la cristalera, entrando en la vivienda.

—Policía —dijo a los vecinos que acudían alarmados.

Éstos le indicaron dónde estaba la puerta y Hunt descendió el primer tramo de escalera.

—¡Malditos sapos venenosos! ¡Cerdos del diablo! ¡No me cogeréis vivo! ¡Ni a ella tampoco!

Patulengro maldecía como un condenado. Hunt comprendió que si no lograba una absoluta sorpresa, Sarah no se salvaría. En aquel momento se encontraba en el rellano de la escalera, sobre la cabeza del servio, a tres o cuatro yardas de altura.

—¡Voy a mataros a todos, «polis» del diablo! —Los nervios de Patulengro comenzaban a fallar. Hunt comprendió que no había tiempo que perder. El peligro aumentaba por momentos para la señorita Fhiel.

Patulengro nunca supo cómo ocurrió. Roland, de un prodigioso salto, fue a caer sobre las curvadas espaldas del servio. Éste,

desprevenido, perdió el equilibrio. Para Hunt fue cuestión de unos instantes dominar a su enemigo.

—Enhorabuena, Hunt —Bluber llegó en aquel momento con varios agentes—. Un gran triunfo para el F. B. I.

—añadió.

—Vamos, alimaña —ordenó después al servio.

El hombre de los cabellos rojos permanecía más encorvado que de costumbre, acurrucado en un rincón, mirando a sus enemigos a través de sus gafas de grueso marco de concha con intenso odio.

—¡Andando! —ordenó de nuevo Bluber.

Patulengro comenzó a caminar. Al pasar junto a Hunt escupió. Éste no pudo enterarse de ello. Solamente tenía ojos para cierta muchacha morena cuyos negros ojos se clavaban en los suyos en busca de protección.



¿El mejor **REGALO** para su hijo?

EXTRAORDINARIO

de

AVENTURAS DEL F. B. I.

¡EMOCION! ¡RISA! ¡CULTURA! ¡ARTE!

¡COLOR! ¡CALIDAD!

¡32 páginas maravillosas sólo por 4 ptas.!

XI



L Loewe era un tabernucho situado en los bajos fondos de Hamburgo. En él gustaban de desquitarse de los duros días de trabajo en alta mar los marineros de todo el mundo que llegaban al puerto alemán.

Tadmur, como era tradicional en todo buen marinero, estaba destinado dedicado a la tarea de injerir fuertes dosis de ron. Era hombre que cuando se hallaba en lugares como el Loewe no gustaba de perder el tiempo.

—¡A ver si hay algo que pueda beber un hombre en esta cochina casa! —De este modo mostraba Tadmur su desagrado cuando el vaso estaba vacío.

El tabernero acudió solícito y, después de cobrar por adelantado en buena moneda americana, rellenó el vaso de un híbrido brebaje que él afirmaba ser ron.

El tiempo transcurría así muy agradablemente. El marinero comenzó a sentirse jovial; de repente, unos deseos irresistibles de charlar le acometieron. Y para satisfacerlos le pareció muy bien aquel chino que, desde no podía determinar cuándo, se hallaba a su izquierda emulando su capacidad de bebedor.

El chinito se mostró muy propicio a trabar conversación. Y así fue como media hora más tarde eran los mejores amigos del mundo.

Pero no había que olvidar que Wu-Chin-Pai era de raza amarilla. Y que, por tanto, estaba dotado de astucia oriental.

—¡Más ron! —clamaba Tadmur con voz de trueno—. ¡Más ron para mí y para mi compadre!

El tabernero obedecía gustoso. Los dos vasos eran rellenados inmediatamente. Pero el destino del dudoso líquido que en ellos era vertido era muy distinto. Mientras Tadmur apuraba el suyo, entre soeces muestras de agrado, bajo los pies de Wu-Chin-Pai se iba formando un charquito que aumentaba en la misma proporción en que progresaba la borrachera de Tadmur.

Wu-Chin-Pai y el marinero del «California» pasaron muchas horas juntos. Al chino le entró, de repente, una gran nostalgia por la vida de los hombres de mar. ¡Si resultaba que él también había sido marinero en su juventud!

Wu-Chin-Pai contó muchas historias de su vida. Cómo lucharon contra los japoneses a bordo de los juncos chinos; cómo peleó valientemente contra feroces piratas y otras amenas anécdotas.

—Tú te vienes conmigo —dijo Tadmur con lengua estropajosa.

Y no fue muy difícil convencer a Wu-Chin-Pai que realizara un viaje a bordo del «California». Los dos amigos convinieron en hablar con los camaradas de Tadmur para que éste viajara en una calidad mixta de pasajero de tercera, marinero y polizón.

Wu-Chin-Pai se mostró muy generoso con su amigo. Íntimamente estaba muy satisfecho de viajar en el «California». Y quizá creyera que había logrado engañar a Tadmur como si fuera un infeliz... chino.

A la mañana siguiente el chino pudo contemplar cómo dos agentes subían a bordo a un hombre pelirrojo y ligeramente jorobado y también pudo seguirles, observando cómo un camarote había sido especialmente habilitado a modo de calabozo.

A Patulengro no se le escapó la mirada de Wu-Chin-Pai. Sus

gafas, montadas en grueso marco de concha, ocultaron cierto destello fulgurante de los ojos.

El chino volvió a su puesto de observación. Pudo ver cómo otro individuo cuya frente estaba surcada por una cicatriz, permanecía en tierra, junto a la pasarela, en actitud de quien espera ansiosamente a alguien.

Wu-Chin-Pai observó también cómo dos agentes se acercaban a dicho señor. Y cómo le hacían entrega de una llave; precisamente aquella que separaba al hombre de los pelos rojos de la libertad.

El observador oriental oyó los avisos de que el barco iba a partir. El hombre de la cicatriz en la tente miraba en todas direcciones, pero sin resultado.

Una amplia sonrisa se dibujó en el rostro del oriental y sus ojos se oblicuaron aún más, cuando alguien se aproximó a dicho individuo rogándole que subiera a bordo ya, que era preciso zarpar.

Hunt, bien que le pesase, pasó a cubierta. Encendió un cigarrillo mientras contemplaba cómo el «California» se separaba de las costas de Europa y sin que sus ojos dejaran de escudriñar el puerto con la esperanza vana de localizar la figura de una persona querida. Hunt no se movió hasta que la tierra se perdió en el horizonte. Después comenzó a pasear por cubierta.

Roland no podía comprender lo ocurrido. No hacía más que dos días había merendado con Sarah en Berlín, en la bombonería Sarotti. Acordaron volver juntos a los Estados Unidos en el «California». Después, en el momento en que Hunt se disponía a tomar un avión con destino a Hamburgo, en la desagradable compañía de Patulengro, recibió un mensaje de ella.

«Roland, amor mío:

»Las circunstancias se imponen en la vida a nuestra propia voluntad, aun a lo que más deseamos...

»Quizá nada pueda ser, quizá todo.

»Marcha en el “California”. Cumple tu deber.

»Nunca pienses mal, Roland. Tú eres mi vida y mi razón de ser.

Sarah».

Aquél era el contenido de la misteriosa misiva. Hunt comprendía

que algo gravísimo, trascendental había ocurrido. Hubiese deseado quedarse; Sarah podría estar en un apuro. Sin embargo, no podía ser. Roland era ante todo y sobre todo un agente del

F. B. I.

Y, como tal, había de cumplir su misión: entregar a Patulengro a la Justicia. Muchos hombres habían muerto a manos de aquel asesino. Hunt, con dolor en el corazón, no vaciló un solo instante.

El rugido de un avión llamó en aquel momento su atención. Era un Douglas de una línea de viajeros norteamericana. Volaba ahora hacia nueva York. ¡Cómo hubiese deseado Roland volar en él! Hubiese ahorrado muchos días y hubiese podido regresar antes en busca de Sarah. Se había jurado que la encontraría en un lugar u otro.

El Douglas picó, dando una pasada al buque, a modo de salutación, desapareciendo después en el horizonte.

Los primeros días del viaje pasaron sin novedad. Hunt vigilaba personalmente al preso. Tres o cuatro veces al día hacía una inspección de la habilitada celda.

Wu-Chin-Pai ganó muchas simpatías entre la tripulación. ¡Ya lo decía Tadmur! Desde luego, el chino era un gran tipo. Estaba muy agradecido a los camaradas que estaban haciendo viable su viaje. Y para demostrarlo se pasaba de servicial. Al tercer día oyó cómo el marinero encargado de llevar las comidas al prisionero se lamentaba de su desagradable tarea.

—No me hace ninguna gracia el tío ese del pelo «colorao» —decía el hombre.

—¿Tienes miedo? —Peguntaba otro.

El primero, ofendido, le recriminaba acremente. Después volvía a renegar de su ingrata misión.

Entonces intervino Wu-Chin-Pai.

—Puedo hacerlo yo —dijo.

El marinero contempló al chino lleno de esperanzas.

—¿Estarías dispuesto?

—Peor era cuando estuve preso en los «juncos» de los piratas... Los chinos sabemos demostrar la amistad.

El marinero estaba indeciso. Le gustaría mucho librarse de la mirada de aquel facineroso, pero no se atrevía.

—Si pasa algo me la cargo.

—Puedes fiar en él —dijo entonces Tadmur—. Wu-Chin-Pai es mi gran amigo.

Desde aquel momento la tarea se desplazó sobre el chino. Tadmur recibió felicitaciones por su gran adquisición.

Llegado el momento llevó la comida a Patulengro. Nadie podía observarles.

—A sus órdenes, jefe —dijo el chino.

—Acércate, Wu.

Durante algunos segundos cuchichearon ambos. Después el chino se retiró, permaneciendo en un rincón de la sala de máquinas todo el día. No quería ser descubierto por ningún oficial... Eran tan incomprensivos, que a lo mejor le hubiesen tomado por un polizón.

Hunt, después de comprobar que no había novedad en cuanto a Patulengro, se retiró a su camarote: el 317, primera clase. Aquella noche habría fiesta; la velada quizá resultase agradable, pero a él no le interesaba. Faltaba la persona que podría dar interés a su estancia en el buque.

Roland se acostó. Sobre la mesilla, al alcance de su mano, quedó una «Lugger». Bajo la almohada la llave que encerraba a Patulengro. Dio al conmutador y la habitación quedó casi en tinieblas. Tan sólo la débil iluminación producida por los rayos de luna, que se filtraban por el ojo de buey. En otras circunstancias hubiese resultado muy romántico, pero ahora, Hunt prefirió dar media vuelta y dormir.

Tardó poco rato en oírse la acompasada respiración de una persona que duerme. Entonces, algo, alguien, comenzó a moverse bajo la cama de Roland. Por un momento, la oscuridad fue absoluta. Después, la figura de un hombre dejó de interponerse entre el ojo de buey y el resto del camarote.

El intruso era observador. Así, no tardó en ver cómo la punta de una llave sobresalía por debajo de la almohada... justo bajo la mano del durmiente. A la izquierda descansaba una pistola.

Una mano se acercó a la llave; llegó a tocar el frío metal. En aquel instante, Hunt comenzó a moverse; dio un gruñido y siguió durmiendo, pero ahora hacia el otro lado, con todo el peso de su cuerpo sobre la ambicionada llave.

Wu-Chin-Pai hizo un gesto negativo con la cabeza. Después, con movimientos de felino, salió del camarote. Bajó por muchas

escalerillas, hasta hallarse debajo de la línea de flotación. Luego recorrió varios pasillos. Al fin se detuvo.

—Jefe —susurró.

Patulengro acudió a la verja.

—¿La tienes?

—No, jefe.

El «boss» mostró su desagrado.

—Pude haberle matado —aseveró el chino—, pero entonces nos hubiéramos perdido los dos; usted y yo.

Después cuchichearon otro rato.

—Esta noche, entonces.

—De acuerdo, Wu.

Patulengro sonrió malignamente. El odiado Befardo creía haber destrozado el «gang», pero se había olvidado de Wu-Chin-Pai, su tercer lugarteniente.

«Y todo porque no ha intervenido en los últimos días —se dijo el “boss”—. Caro le va a costar...»

El chino observó después una extraña conducta. Después de subir a cubierta, maniobró en una de las motoras salvavidas, cortando algunos cables y manipulando en otros. Si un experto hubiese visto el estado en que quedó la embarcación, hubiese afirmado que lanzarla al mar sería cuestión de pocos segundos.

Después, Wu-Chin-Pai descendió al camarote colectivo de la marinería. La mayoría estaban acostados. Su hamaca estaba junto a la de Tadmur.

—¿No te acuestas, Wu? —preguntó aquél.

—Prefiero contemplar un rato el mar.

Tadmur no contestó. ¡Eran tan extraños aquellos orientales!...

El chino buscó entre su escaso equipaje. Después de tomar una cajita salió del camarote.

—¡Que te siente bien la brisa, compadre! —se despidió Tadmur.

Wu, una vez en cubierta, se dirigió a un extremo de la nave. Allí realizó ciertas manipulaciones; después hubo un chispazo y una mecha comenzó a arder.

Como poseído del diablo, el chino corrió por todos los pasillos del barco hasta llegar al piso inferior.

—¿Lo has hecho? —preguntó Patulengro.

—Ya está.

—¿Traes el puro?

Wu-Chin-Pai, en lugar de contestar, trabajó rápidamente. De un bolsillo extrajo un cartucho de dinamita, el «puro». Lo colocó entre los barrotes de la puerta.

—Vaya al otro extremo, jefe. No hay un instante que perder.

Unos segundos después, Hunt se despertó sobresaltado. Le parecía haber oído una sorda explosión, una cosa muy leve, amortiguada, desde luego; pero investigaría lo que fue aquello.

Rápidamente se puso un batín y, con una llave en la mano, comenzó a bajar escalerillas con paso apresurado.

Mientras tanto, en el otro extremo de la nave, dos hombres corrían hacía cubierta.

—No me explico cómo no ha estallado ya —dijo Wu—. Lo hará en cualquier instante. Corra, jefe.

Al «boss» no hacía falta que nadie le incitara. Había recobrado su fría mirada, reflejo de su serenidad, junto con la libertad.

Hunt se hallaba a pocas yardas de donde debiera estar Patulengro. Éste y su esbirro casi habían alcanzado cierto bote salvavidas cuando sobrevino la horrisona explosión.

La confusión que se produjo fue indescriptible. Gritos de espanto, alaridos de terror mezclados con los ayes de las mujeres y el lloriqueo de los niños sucedieron al silencio momentáneo que se produjo después de la explosión.

El capitán y la oficialidad del buque reaccionaron instantáneamente.

—Informe —dijo el capitán al primer oficial.

—No hay posibilidad de salvar el barco.

—Que se dé el S. O. S, y comience el salvamento.

La operación comenzó. Era difícilísimo en medio de aquella masa indisciplinada. Los viajeros de tercera se mezclaban con las señoras en traje de noche, que estaban celebrando una fiesta. Todos pugnando por lograr un bote.

Roland comprobó la desaparición de Patulengro. Velozmente regresó a cubierta. Y, de momento, tuvo que colaborar en el salvamento de mujeres y niños. El criminal no podría irse muy lejos.

De repente, alguien exclamó:

—¡Aquella lancha!

La atención de los marineros se centró en el bote que dos

hombres estaban haciendo descender. Hunt observó, además, el color rojo del cabello de uno de ellos.

En aquel momento, el capitán recibió un nuevo informe.

—El barco se hundirá irremisiblemente, pero aún puede durar varias horas.

—Sí; el «Poenia», de nacionalidad sueca, ha contestado que se dirige hacia aquí. Está a pocas millas de distancia.

Hunt alcanzó la borda en el momento en que la lancha se separaba del costado del «California». Sin reparar en peligros, realizando un magnífico «plongeon», se lanzó al bote.

La lucha fue corta. Pocas veces se sintió Roland invadido por una ira tan profunda. Pegó y pegó a Patulengro, una vez y otra, hasta dejarlo sin sentido. Wu-Chin-Pai no siguió mejor suerte.

Tan sólo después de este desahogo, la cicatriz que surcaba la frente del agente del

F. B. I.

volvió a recobrar su color normal.

El atentado, afortunadamente, no originó ninguna desgracia personal. Todo el pasaje y la tripulación fueron transbordados al «Poenia», y aunque soportaron bastantes incomodidades durante el viaje, a nadie se le ocurrió protestar.

Al fin, avistaron el puerto de Nueva York. Ello causó diversas emociones. Roland sintió la satisfacción de haber concluido una difícil y peligrosa misión. Patulengro sintió cómo le recorría un escalofrío. Wu-Chin-Pai se mostró impasible. Y cierta persona, en el puerto, apenas podía dominar su excitación.

Varios agentes subieron a bordo para hacerse cargo de Patulengro. Un alto jefe del

F. B. I.

acudió en persona a felicitar a Hunt por el éxito obtenido.

Pero lo que constituyó una verdadera sorpresa fue aquella suave voz que oyó a sus espaldas.

—¡Roland! —Le pareció que decían.

Y al volverse, se encontró con la muchacha más encantadora que había visto en su vida. Sin embargo, Hunt estuvo a la altura debida; enseguida recordó un «Douglas» que voló por encima del «California» el primer día de viaje. Al fin y al cabo era agente del

F. B. I.

El tren se deslizaba vertiginosamente atravesando los más bellos parajes del oeste americano. Ella mostraba, orgullosa, su anillo nupcial. El la besó con cariño. En el horizonte se vislumbraban las primeras luces del amanecer.

Mientras tanto, el verdugo comprobaba ya el perfecto funcionamiento de la silla eléctrica. Tenía que estar preparada para el alba.

FIN



1.º CENTENARIO TRIUNFAL
del
F. B. I.

EDITORIAL ROLLAN celebrará cumplidamente la publicación del número 100 de su magnífica e inigualable

Colección F. B. I.

y hará partícipe del éxito a sus lectores asiduos, brindándoles la mejor novela que nunca se ha editado, con las siguientes características:

TÍTULO: YO, DIRECTOR del F. B. I.

AUTOR: ALF MANZ

Presentación: DIBUJO EN CUBIERTA COMPLETA Y A TODO COLOR.

Páginas: DOSCIENTAS VEINTICUATRO.

Precio: OCHO PESETAS.

Tema: LA VIDA INTIMA DEL ASTUTO Y AUDAZ DIRECTOR DEL F. B. I., JOHN EDGAR HOOVER, DESCRIBIENDOSE FIEL Y EMOTIVAMENTE EL FUNCIONAMIENTO INTERNO DEL F. B. I.

ENCARGUE ANTICIPADAMENTE A SU LIBRERO EL GRAN EXTRAORDINARIO DEL F. B. I.

YO, DIRECTOR del F. B. I.

por

ALF MANZ

EL INOLVIDABLE AUTOR DE ¡CULPABLE!

¡ATENCIÓN!

¡Número extraordinario del F. B. I.!

Para celebrar el centenario de la incomparable colección F. B. I. la única que se ha impuesto netamente en España y en América, EDITORIAL ROLLAN ha editado el número 100 con un verdadero alarde de presentación, de extensión y de tema.

El número 100 de esta maravillosa serie se titulará:

Yo, Director del F. B. I.

Compendio de hechos reales y de vicisitudes sufridas por el heroico director JOHN EDGAR HOOVER, el patriota norteamericano que ha puesto su vida y su astucia al servicio de la nación más poderosa del Mundo

ALF MANZ

el autor que siempre será recordado por sus superproducciones: ¡CULPABLE!, LA HORA GRIS, TERROR EN LA ACADEMIA DE QUANTICO y SHANGHAI, entre otras obras suyas que alcanzaron merecida fama, ha creado una novela de categoría superior que intrigará, emocionará y enseñará los secretos, hasta ahora nunca revelados, de la organización del F. B. I.

ENCARGUE ANTICIPADAMENTE A SU LIBRERO

Yo, Director del F. B. I.

¡El grandioso número extraordinario!

